EL CONSERVADURISMO EN EL MUNDO HISPÁNICO

Miguel Ayuso Torres
Camilo Noguera Pardo
(Editores académicos)





El conservadurismo en el mundo hispánico

MIGUEL AYUSO TORRES
CAMILO NOGUERA PARDO
Editores académicos

JACKSON RENÉ VALBUENA CURE
Coordinador editorial



tirant lo blanch
Bogotá D.C., 2021

El conservadurismo en Colombia: la sombra liberal de una tradición ambigua

Por **Santiago Pérez Zapata**

1. INTRODUCCIÓN

Trabajar en la definición doctrinal y en la caracterización histórica del conservadurismo en Colombia no es una tarea fácil debido a dos razones que complican la cuestión. La primera es la naturaleza misma del conservadurismo, tanto en Europa como en la América anglosajona e hispana, pues consideramos que el conservadurismo es una doctrina política pragmática cuyas raíces axiológicas, metafísicas y filosófico-jurídicas están entroncadas con la ideología liberal[1]. La segunda es la variabilidad cultural y social misma del contexto histórico, en este caso el colombiano, en el que se ha desplegado institucionalmente el conservadurismo a lo largo de ciento setenta años dentro del parlamentarismo burgués y el Estado constitucional liberal en la organización conocida como Partido Conservador.

Estas aclaraciones iniciales son importantes debido a que no puede tomarse como punto de referencia al Partido Conservador en sí mismo como la manifestación de una filosofía política totalmente independiente dado su carácter ecléctico y eminentemente pragmático, a pesar del esfuerzo programático de sus principales

1 Cfr. Federico SUÁREZ VERDEGUER, «Conservadores, innovadores y renovadores en las postrimerías del Antiguo Régimen», *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada* (Madrid), núm. 12 (2006), págs. 29-45 y Francisco CANALS VIDAL, «Derechismo», *Cristiandad* (Barcelona), núm. 231 (1953), págs. 386-387.

figuras políticas para diferenciarse de las doctrinas filosóficas y jurídicas de los ideólogos del Partido Liberal que presentan abiertamente sus ideas racionalistas, naturalistas, contractualistas, voluntaristas, sensualistas y utilitaristas.

Esta asimetría puede parecer extraña debido a la costumbre historiográfica de hablar de un bipartidismo con dos doctrinas opuestas y aparentemente bien definidas en sus programas de partido o visibles en la defensa de intereses muchas veces contrapuestos. El error nace de la incomprensión y desconocimiento de las raíces ideológicas ilustradas que contiene el pensamiento conservador, toda vez que nos encontramos con una doctrina pragmática conservadora que empíricamente ha generado unos partidos conservadores o moderados, por lo que aquí sostendremos que el conservadurismo está estrechamente emparentado con el liberalismo; dicho de otro modo, el conservadurismo surge como ideología al interpretar las ideas liberales de una manera restrictiva, limitada y moderada. Esto podrá comprobarse, como veremos más adelante, por las mismas voces de los fundadores del Partido Conservador colombiano y de las principales figuras públicas asociadas a esta colectividad política.

¿Es el conservadurismo para los fundadores del Partido Conservador una forma moderada de liberalismo? Dicho de otra manera, ¿podemos encontrar fuerzas disidentes dentro del conservadurismo que se adhieran a una serie de principios antiliberales, anticapitalistas, tradicionalistas y ultramontanos?[2]. En este punto, cabe señalar que, dada la dificultad de comentar ciento setenta años de conservadurismo colombiano, nos limitaremos a seguir un hilo conductor consistente en una selección representativa de algunos escritores políticos y ciertos momentos históricos de crisis en los que el conservadurismo se vio desbordado por fuerzas verdaderamente antiliberales, fuerzas que entraron en conflicto con miembros de su propio partido. Para este fin, dividiremos el trabajo en

[2] José Luis ROMERO, *El pensamiento conservador (1815-1898)*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1978, pág. XXXVIII: «En rigor, nada parece más difícil, cuando se analiza el pensamiento político latinoamericano del siglo XIX, que distinguir un conservador liberal de un liberal conservador».

tres partes que comprenden respectivamente tres crisis que implicaron cambios sustanciales en la ideología conservadora: en primer lugar, una alusión breve al momento de la fundación del Partido Conservador, centrándonos en la crisis de 1860-1870 cuando se crea el Partido Católico como alternativa a un «conservadurismo liberalizado», con una sucinta referencia a su disolución y al proceso posterior conocido como la *Regeneración*; en segundo lugar, el escrito se concentrará en el conflicto de la década de 1930 entre el laureanismo y un grupo político de derecha radical y anticapitalista conocido como los Leopardos, sector que intentaría crear un partido alterno conocido como Acción Nacionalista Popular (ANP); y, en tercer y último lugar, nos enfocaremos en el periodo de 1957-1974 conocido como el Frente Nacional que, bajo los cambios del Concilio Vaticano II y en el marco de una alianza de reparto del poder con el liberalismo, condujo al ocaso de la disidencia antiliberal y, sobre todo, al final de una línea tradicionalista e intransigente ante la secularización proveniente del capitalismo liberal (y no únicamente del comunismo, como frecuentemente se señala). En esta sección final haremos una breve proyección sobre los cambios ocurridos con la constitución de 1991, sucedida con una conclusión que intenta dar cuenta de la extinción en el siglo XXI de la línea antiliberal que fue parte importante —aunque conflictiva— dentro de la historia del conservadurismo colombiano. Por último, es necesario señalar que el ensayo se orientará al análisis doctrinal de estos sectores y sus crisis respectivas dentro de cada contexto histórico.

2. DE CARO PADRE A CARO HIJO (1860-1870): DEL PARTIDO CONSERVADOR AL PARTIDO CATÓLICO Y DE VUELTA

Puede decirse que el punto de inflexión histórico en el que los «liberales» neogranadinos empiezan a figurar como un partido banderizo al interior de la nueva república ocurre una vez la amenaza re-

alista es derrotada definitivamente en el Perú en 1826 y se convoca la Convención de Ocaña en 1828 para reformar la constitución de Cúcuta de 1821. La Convención terminó en un fracaso absoluto y quebró el frágil consenso sobre la forma de gobierno entre las facciones independentistas acaudilladas por Santander y por Bolívar. El primero intentó ahondar el federalismo, con un ejecutivo débil, para conjurar la sombra de la amenaza de un poder militar desbordado que le inspira el segundo, esto después de conocerse la constitución de Bolivia (1826). Esta confrontación abrió el abismo insalvable que fue concentrando el patrimonio común liberal en el bando santanderista, pues es en la fallida Convención de Ocaña que se conoce a los santanderistas como «liberales» (incluso como «partido liberal») y a los bolivianos como (nada gratuitamente) «serviles»[3]. Al liberalismo del sector santanderista se le llama «exaltado» y, poco a poco, por lógica oposición, a los bolivianos (que en realidad eran un grupo heterogéneo) se les empieza a conocer como un grupo «moderado» de ideas liberales, aunque claramente asociado a la búsqueda de un poder ejecutivo fuerte[4].

Es evidente que, vencido el elemento realista (que buscaba la unión del altar y el trono), existe una matriz liberal común con énfasis e interpretaciones diferentes que se oponen y se asocian a distintos sectores sociales en pugna, como es el caso del apoyo militarista boliviano al clero contra la reforma educativa heterodoxa y benthamista que intentó implementar el vicepresidente Santander desde 1826[5]. Lo cierto es que la conspiración septembrina (1828), el exilio de Santander y la dictadura de Bolívar

[3] Cfr. Daniel GUTIÉRREZ ARDILA, «La convención de las discordias: Ocaña, 1828», *Revista de Estudios Sociales* (Santafé de Bogotá), núm. 54 (2015), págs. 150-168.

[4] Cfr. María Teresa CALDERÓN y Carlos VILLAMIZAR, «Liberalismo. Colombia», en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015, tomo I, págs. 770-782.

[5] Cfr. Alfredo GÓMEZ-MÜLLER, «El primer debate sobre Bentham en la Nueva Granada (1835—1836). El valor y el sentido de lo humano», en Rubén SIERRA MEJÍA (ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, págs. 57—90.

crearon una separación que no hizo sino incrementarse, aunque todavía no llegara el momento de un rechazo filosófico-político sistemático a las «ideas liberales» asociadas a una revolución verdaderamente anti-tradicional y destructora de los principios religiosos (un antiliberalismo que niega la compatibilidad de lo «liberal» con la tradición hispano-cristiana).

La crisis que llevó a una ruptura ideológica de nivel más profundo comienza a manifestarse en el contexto de las revoluciones europeas de 1848 cuando se funda en Colombia el Partido Liberal mediante las labores periodísticas y políticas del benthamista Ezequiel Rojas (formado en los círculos santanderistas). Esta empresa ideológica estaba encaminada a apoyar la campaña presidencial del general José Hilario López[6]. La oficialización partidista del liberalismo inauguraba el llamado régimen del 7 de marzo, que vendría acompañado de una serie de agresivas reformas estatales de carácter económico, jurídico y religioso, diseñadas para desatar toda una revolución política y social nunca antes realizada a una escala tan profunda y duradera en el país, cuyas reformas más radicales se encontraban —sin duda— en el plano religioso y eclesiástico. Casi por reacción, Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro fundaron en 1849 el Partido Conservador.

El 48 europeo resonaba en Nueva Granada mezclando romanticismo, utopismo, socialismo y liberalismo. Estas nuevas experimentaciones ideológicas no sólo se manifestaban en el Partido Liberal sino también en las sociedades de ideas que le daban fundamento, como la logia *Estrella del Tequendama* (fundada por Manuel Ancízar) y la Escuela Republicana que reunía lo más granado de la burguesía liberal de la facción conocida como «gólgota»[7]. Las nuevas mixturas ideológicas cuarenta y ochistas eran repudiadas por los sectores moderados, encabezados por Ospina y Caro; mas

6 Ezequiel Rojas, «La Razón de mi voto», *El Aviso* (Bogotá), núm. 26, 16 de julio 1848, págs. 3-4.

7 Sobre el liberalismo «gólgota» y su adversario liberal «draconiano» vinculado al estamento militar, así como sobre las reformas de José Hilario López, cfr. Germán Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1997, págs. 113-130.

no por ello, incluso en ese momento de efervescencia política, renunciaban a una concepción común de un liberalismo básico y (que creían) no revolucionario[8]. La misma justificación del nombre y programa del nuevo Partido Conservador estuvo rodeado de estas reclamaciones de ideas sanamente liberales. En este sentido, escribía José Eusebio Caro en el periódico *La Civilización* una justificación del nombre del nuevo partido abundando sobre el engaño que los adversarios «exaltados» y «rojos» hacían mediante el uso de nombres nobles: «Los actos eran detestables. Los nombres eran atractivos. El partido rojo, faccioso, y salvaje, se ha llamado demócrata, liberal, progresista»[9].

El nacimiento del Partido Conservador en 1849 surge de una depuración interna que va tratando de deslindarse de las derivas utópicas y socialistas de algunos sectores radicalizados del liberalismo elitista que ponía en marcha (por razones electorales) una demagogia igualitarista, la misma que había calado en un cuerpo social artesanal a todas luces amenazado por el capitalismo naciente. Los artesanos, que existían entre un mundo corporativista tradicional en disolución y el éxito de un mundo moderno de la opinión pública impresa, no podían asimilarse ni al extremo individualismo que subyacía en las elites liberales ni tampoco a la ortodoxia religiosa fuertemente jerarquizada que tendía a identificarse con los grupos conservadores[10]. Ante este nuevo panorama,

8 Según Jaime JARAMILLO URIBE, «La influencia de los románticos franceses y de la revolución de 1848 en el pensamiento político colombiano del siglo XIX», en su libro *La personalidad histórica de Colombia*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, págs. 181-201: Todavía en 1850, cuando los fundadores del partido buscaban un nombre adecuado, vacilaban en llamarlo partido conservador. José María Torres Caicedo, uno de sus intelectuales más influyentes propuso inclusive el nombre de «partido liberal del orden».

9 José Eusebio CARO, *Obras escogidas en prosa y en verso, publicadas é inéditas*, Santafé de Bogotá, Imprenta y Librería de «El Tradicionista»,1873, págs. 172-173. Lo «liberal» como elemento positivo sigue estando dentro de un léxico político común.

10 El gobierno del general José Hilario López (1849-1853), auxiliado por el voto artesanal, fue así resquebrajando su reconocimiento popular a causa de su política económica. En 1854 ocurriría una rebelión artesanal acaudillada por el general y masón José María Melo (1800-1860), que —siendo dictador unos meses

podemos decir que las posiciones ante la interpretación del tema religioso (como viejo ordenador del derecho puesto en crisis) y del asunto económico (como expresión del poder y de la movilización social) pasaron a multiplicar las facciones al interior de los partidos.

Llegados a este punto, lo más interesante es que los mismos conservadores, herederos también de la revolución de Independencia e impregnados del parlamentarismo anglosajón y de la concepción liberal clásica del constitucionalismo, parecen admitir la necesidad dialéctica de la interacción de dos bandos o partidos en la marcha de la historia, aceptando un liberalismo filosófico como base del conservadurismo político[11]. Así, para inclinar la balanza a su favor, arguyen que el equilibrio de aquel consenso «liberal» que surgió con la misma república es minado por culpa del radicalismo rojo, presentado inicialmente como el ala inmoderada y opresora de aquel «liberalismo genérico». El mismo Mariano Ospina Rodríguez, remitiéndose al origen de los partidos políticos, escribió: «El partido liberal, que gobernaba sin oposición [desaparecidos de la escena Bolívar y Urdaneta], *se dividió en dos grandes bandos que pudieron haberse denominado: tolerantes y exclusivistas*: y que nosotros nos tomamos hoy la libertad de llamar: *liberales conservadores y liberales rojos*; porque estas denominaciones análogas a las que los mismos partidos llevan en Europa, no deben tener nada de odiosas, y harán conocer la índole de los dos bandos»[12].

por un golpe militar— fue derrocado por una fuerza combinada de liberales y conservadores.

11 Rufino Cuervo (padre de Rufino José) escribió con tristeza al promediar el siglo: «¡Los partidos medios se van! ¡Todo se va!, exclamaba un elocuente español hace veinticinco años. [...] Nuestros padres acariciaban todavía la ilusión de gozar un *gobierno nacional a la inglesa o a la norteamericana*, colocado sobre la altura serena como el Olimpo, de donde observase a los partidos luchando con dignidad y decencia, prontos a ceder honradamente al vencedor». Citado en Jaime JARAMILLO URIBE, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Santafé de Bogotá, Temis, 1982, págs. 157-158. Cursiva agregada.

12 Mariano OSPINA RODRÍGUEZ, «Los partidos políticos en la Nueva Granada», en Jaime JARAMILLO URIBE, (ed.), *Antología del pensamiento político colombiano*, Santafé de Bogotá, Tall. Gráf. del Banco de la República, 1970, vol. I, págs.

Aquí, la pregunta fundamental es ésta: ¿cuándo y por qué se realiza la ruptura de esta visión dialéctica compartida entre dos liberalismos parlamentarios que difieren en el énfasis de los métodos políticos («liberalismo-rojo» y «liberalismo-conservador»), pero vienen de un fondo común («liberalismo genérico»)?[13] Consideramos que el punto de inflexión que va más allá de un deslinde entre un liberalismo exaltado (utopista, pro-socialista y romántico) y un liberalismo moderado (conservador en lo religioso y unido en lo económico a un liberalismo oligárquico) ocurre entre las décadas de 1860 y 1870, pues en estos 20 años se produce la más fuerte lucha entre el gobierno liberal y la Iglesia católica. En este periodo aparece una facción tradicionalista inconforme con las ideas liberales que todavía existen dentro del Partido Conservador; toda idea liberal es interpretada como necesariamente revolucionaria y conducente a la disolución del orden,

128-130, tomado de *La Civilización* (1849). Cursiva y corchetes agregados. Una visión muy similar del origen del Partido Conservador la dio el propio Miguel Antonio Caro (hijo de José Eusebio). Cfr. *Escritos políticos*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993, tomo IV, pág. 366, publicado originalmente como «Los Partidos Políticos», *La Unidad* (Santafé de Bogotá), núms. 3-5 (1906). Cursiva agregada.

13 En efecto, según el historiador David Bushnell, con la constitución de 1858 se patentó «el consenso emergente entre los dos partidos alrededor de una especie de *liberalismo genérico*, siendo la única excepción la política eclesiástica». David BUSHNELL, «Apertura o re-apertura: ¿retorno de los Gólgotas?», en su libro *Ensayos de historia política de Colombia, siglos XIX y XX*, Medellín, La Carreta, 2006, pág. 127. Cursiva agregada. Sin embargo, es menester señalar que la realidad de ese «liberalismo genérico» —a diferencia de lo que piensa Bushnell— no se limitó a las políticas económicas (las teorías de la economía política liberal permeaban a ambos partidos) o al consenso respecto al diseño constitucional ilustrado (división de los tres poderes) sino que, a pesar de la constante adhesión conservadora a la defensa de los intereses concretos del clero, en esta época —ya desaparecido el patronato— se extendió también la aceptación (o transigencia) conservadora hacia el concepto liberal de la moderna libertad religiosa y de cultos. Compárese los artículos respectivos a la libertad de cultos en ambas constituciones (1853 y 1858), cfr. Manuel Antonio POMBO y José Joaquín GUERRA, *Constituciones de Colombia. Recopiladas y precedidas de una breve reseña histórica*, Santafé de Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1892, págs. 268 y 304.

el catolicismo y las tradiciones hispanas que dan verdadera forma a la nación.

La genealogía de una facción católica antiliberal se remonta al periódico *El Catolicismo* y a la creación de una escuela de apologistas católicos, encabezados por el historiador José Manuel Groot, que terminará rebasando los intereses más estrechamente políticos de los periódicos conservadores. Es cierto que este periodismo católico apareció en paralelo a la creación del Partido Conservador y su periódico *La Civilización* (de J. E. Caro y Ospina Rodríguez), pero sus propósitos —que podemos llamar teológico-políticos— se centraron en la defensa de los derechos de la Iglesia amenazados por el gobierno de José Hilario López. En especial se enfrentaron contra el antirromanismo y antipapismo que caracterizan al regalismo galicano y revolucionario implementado por ese gobierno, cuyo objetivo inicial buscaba reformar el patronato y convertirlo en una herramienta para crear una nueva Iglesia neogranadina sin interferencia de la Iglesia universal romana: la Curia y la Santa Sede[14].

El arzobispo Manuel José Mosquera (quien moriría en el exilio en 1853, hermano de Tomás Cipriano), patrocinador de *El Catolicismo*, tuvo un viraje antiliberal ante la impotencia de negociar con la nueva generación liberal cuarenta y ochista[15]. El resultado de la política arzobispal fue la unión al movimiento ultramontano internacional mediante el reclutamiento de escritores católicos antiliberales neogranadinos puestos al día en el estilo apologético periodístico (sobre todo francés, italiano y español) que se había conformado entre la crisis de la Restauración y la apertura de las revoluciones de 1848[16]. El mismo Pío IX había

14 Cfr. Santiago Pérez Zapata, «Las "iglesias" del liberalismo y la iglesia universal romana: el anti-catolicismo liberal y la contrarrevolución ultramontana en vísperas del *Syllabus* en Nueva Granada (1849-1864)», *Fuego y Raya* (Córdoba de Tucumán), núm. 17 (2019), págs. 91-192.

15 Sergio Mejía Macía, *El pasado como refugio y esperanza. La historia eclesiástica y civil de Nueva Granada de José Manuel Groot*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2009, pág. 65.

16 Sus modelos eran la revista italiana jesuita *La Civiltá Cattotica* y el diario parisino de Louis Veuillot, *L'Universe* (*ibíd.*, pág. 105).

alentado este ultramontanismo que ya no se reducía al personal eclesiástico, sino que se expandía a la participación de iniciativas periodísticas laicas que pugnaban por restablecer el poder temporal del Papado una vez la revolución liberal en Italia lo había ido suprimiendo en la llamada cuestión romana[17].

Pero el movimiento ultramontano (que tenía en común una posición anti-regalista y anti-galicana) contaba, a su vez, con sectores transigentes e intransigentes respecto al problema que implicaba el «derecho nuevo» liberal (como le llamó León XIII), en especial el problema de la aceptación de la libertad de cultos (y la separación de la Iglesia y el Estado)[18]. Los transigentes fueron llamados católicos-liberales (como representantes de un virtual liberalismo católico) y los intransigentes fueron conocidos como tradicionalistas (que incluye a los carlistas), neocatólicos y, finalmente, integristas; sobra decir que el sector intransigente rechazaba la libertad de cultos e intentaba la alianza concordataria entre la Iglesia y el Estado desde una posición ultramontana (o anti-regalista)[19]. Esta división dentro de los apologistas católicos y su prensa, que era a la par política y religiosa, no impidió que la doctrina pontificia, principalmente durante el pontificado de Pío IX, estuviera orientada a un rechazo total de las tesis liberales mediante diferentes encíclicas, entre las cuales destaca *Quanta cura* y su *Syllabus errorum*. En estos documentos encontramos que, entre varias condenas, se mostraba el Papa simultáneamente intransigente con el galicanismo, el librecultismo y la separación de la Iglesia y el Estado: erro-

17 Sobre la cuestión romana, cfr. Ricardo GARCÍA VILLOSLADA y Francisco J. MONTALBÁN, *Historia de la Iglesia Católica*, Edad Moderna (1648-1951), Madrid, BAC, 1953, tomo IV, págs. 478-491 y 533-549.

18 Los líderes de este catolicismo liberal habían sido: el segundo Félicité Robert de Lamennais, mucho más radicalizado; y el más moderado, Charles de Montalembert. Sobre ambos personajes cfr. Francisco CANALS VIDAL, *Cristianismo y revolución. Los orígenes románticos del cristianismo de izquierdas*, Madrid, Speiro, 1986, págs. 71-173.

19 El caso español es muy ilustrativo, cfr. Begoña URIGUEN, «El reconocimiento del reino de Italia y los inicios de un partido de católicos», en su libro *Orígenes y evolución de la derecha española. El neo-catolicismo*, Madrid, CSIC, 1986, págs. 227-256.

res nacidos —según el magisterio pontificio— del racionalismo y el naturalismo, cuyo corolario político sería el liberalismo[20].

Este apoyo en la doctrina pontificia redundaría en una época de oro para la prensa ultramontana de tipo tradicionalista. En Colombia, esta escuela apologética se vio continuada por el hijo de José Eusebio Caro, Miguel Antonio, en un momento de triunfo de la más poderosa revolución liberal abiertamente anticlerical y, sobre todo, antirromana que tuvo el país. La nueva ofensiva liberal estuvo acaudillada por el masón y general Tomás Cipriano de Mosquera, quien se encontraba aliado con los liberales gólgotas, ya para este momento conocidos como radicales, durante la Guerra Civil de 1860-1862.

Una vez asegurada la victoria liberal, se estableció la Convención de Rionegro en 1863, verdadero concilio masónico y antirromano que redactaría una nueva constitución compuesta por las dos facciones del liberalismo: mosqueristas y radicales. Los primeros se adherirían a las ideas galicanas de supremacía del Estado sobre la Iglesia del general Mosquera, mientras que los segundos representarían los proyectos librecultistas de la alta burguesía progresista que había militado en la década de 1850 en el club político de la Escuela Republicana, liderados por Salvador Camacho Roldán en la llamada comisión de asuntos eclesiásticos instalada en la Convención[21].

El resultado constitucional de las ideas de estas facciones liberales era una especie ambigua de libertad de cultos con restricciones anticatólicas. La crisis causada por las medidas de tuición de cultos y de desamortización de bienes de la Iglesia fue tan grande que muchos de los templos se cerraron y no hubo servicios religiosos, se había creado la situación cismática de abocar al clero a juramentar las medidas gubernamentales o convertirse en refractario y actuar en la clandestinidad, similar a la persecución anticlerical en la época de la Revolución Francesa. El arzobispo Antonio Herrán

20 Cfr. José Luis GUTIÉRREZ GARCÍA (ed.), *Doctrina Pontificia. Documentos políticos*, Madrid, BAC, 1958, tomo II, págs. 3-38.

21 Cfr. Salvador CAMACHO ROLDÁN, *La Convención de Rionegro*, Santafé de Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2000, págs. 44-47.

junto con cinco obispos más fueron reducidos a prisión, desterrados u obligados a exiliarse (varios en el Ecuador de Gabriel García Moreno) por resistir, protestar y escribir pastorales contra los decretos de tuición y desamortización[22].

Luego del desencuentro de las facciones liberales y el posterior golpe propinado por el radicalismo al general Mosquera en 1867 para la implantación del denominado *Olimpo Radical* (1868-1878), la radicalización liberal (roja) aumentó a una nueva escala la reacción católica ultramontana dentro del conservadurismo. En este contexto altamente conflictivo, debemos ubicar el desprendimiento de una facción de base social conservadora pero decididamente intransigente y antiliberal en el plano político y religioso, donde la reacción se encaminaría hacia una respuesta verdaderamente contrarrevolucionaria para combatir activamente la aplicación forzosa y, finalmente, jurídica de las ideas antirromanas y anticlericales del liberalismo más revolucionario entre 1860 y 1864, el mismo que había negado cualquier forma de transacción con los «idólatras romanistas» o la «secta romanista»[23].

Los primeros pasos de esta contrarrevolución católica, como vimos, se iniciaron en el periodo de 1849-1859, pero no fue hasta la década de 1870 cuando la facción ultramontana se decidió a desafiar abiertamente a las demás facciones o grupos del conservadurismo. Según recuerda Marco Fidel Suárez, la necesidad de fundar un Partido Católico «se justificaba, además, porque no había un partido político que pudiera efectuar esa defensa. El partido conservador, según lo reconoció terminantemente don Mariano [Ospina Rodríguez], *estaba confundido con el partido liberal*, merced a que las constituciones de 1858 y 1863, obras respectivas de los dos partidos, eran equivalentes y no diferían en el fondo»[24].

22 Cfr. José María SAMPER, *Historia de un alma. Memorias íntimas y de historia contemporánea*, Santafé de Bogotá, Imprenta de Zalamea Hermanos, 1881, págs. 527-530, y Fernán GONZÁLEZ, *Poderes enfrentados. Iglesia y Estado en Colombia*, Santafé de Bogotá, CINEP-Colciencias, 1997, págs. 187-192.

23 Cfr. Luis Carlos MANTILLA, *La guerra religiosa de Mosquera*, Medellín, Departamento de Publicaciones USB, 2010, págs. 513.

24 Marco Fidel SUÁREZ, «El sueño del Partido Católico» (1923), en *Obras. Sueños de Luciano Pulgar*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1966, tomo II,

No podemos olvidar que Mariano Ospina Rodríguez había dicho, a su vuelta del exilio, que «las graves cuestiones que nos dividen verdaderamente, son del orden religioso y social, y no del orden político; y que, por consiguiente, todo tiende o debe tender a la descomposición de los actuales partidos políticos y a la formación y organización de un partido católico, y otro enemigo del catolicismo»[25].

¿Qué ocurrió exactamente para que ese mismo criterio de distinción religiosa utilizado como línea de demarcación entre el conservadurismo y el liberalismo pasara a aplicarse dentro del mismo campo conservador? La respuesta puede estar en el nivel de la doctrina religiosa en su relación con la doctrina política en ese periodo intermedio que va de 1860 a 1870. Al igual que en las constituciones anteriores (1853 y 1858), las libertades de religión y de cultos fueron de nuevo consagradas como derechos individuales en la constitución de 1863, carta impuesta unilateralmente por el liberalismo que se instaló en el poder como producto de la victoria militar de 1860-1862. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en 1853 y en 1858, la aparición de la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus errorum* representó una crítica feroz a los principios librecultistas a partir de 1864. La consagración de la libertad religiosa como derecho individual vendría a ser explícita y enfáticamente condenada a nivel doctrinal por la Santa Sede, lo cual implicaba una reprobación de la separación absoluta de Iglesia y Estado y el rechazo de la idea paralela de la superioridad del segundo sobre la primera.

Ante esta avanzada revolucionaria antirromana y anticlerical, Miguel Antonio Caro se propuso la realización de tres empresas político-religiosas: las Juventudes Católicas, el proyecto de fundar un Partido Católico y la aparición del periódico ultramontano *El Tradicionista* (1871-1876), proyectos que se perfilaron como la mayor crítica a las ambigüedades liberales del conservadurismo

pág. 239. Cursiva agregada.

25 Mariano OSPINA RODRÍGUEZ, «El partido católico», *La Sociedad* (Santafé de Bogotá), núm. 182, del 25 de diciembre de 1875, pág. 299.

y constituyeron la mayor oposición antiliberal colombiana[26]. A modo de ejemplo, piénsese en el espíritu liberal e igualitario del primer programa del Partido Conservador (1849): «La moral del cristianismo y sus doctrinas civilizadoras contra la inmoralidad y las doctrinas corruptoras del materialismo y del ateísmo; [...]. La igualdad legal contra el privilegio aristocrático, oclocrático, universitario o cualquiera otro. La tolerancia real y efectiva contra el exclusivismo y la persecución, sea del católico contra el protestante y el deísta, o del ateísta contra el jesuíta y el fraile, etc.». Y compárese con el talante ultramontano (post-Syllabus) del programa del proyectado Partido Católico (1871): «1) El Papa como cabeza de la Iglesia y doctor de las gentes es infalible [...]. 4) En países eminentemente católicos los gobiernos deben ser eminentemente católicos [...]. 6) Pasar de la unidad católica a la pluralidad de creencias, es disolver los vínculos de la familia y de la sociedad, es dejar lo perfecto por lo imperfecto»[27].

La crítica interna de Caro al conservadurismo se manifestó desde los primeros editoriales de su periódico en los que hablaba de una adhesión a una internacional «tradicionista»[28]. Incluso llegó a simpatizar, en contravía de la opinión liberal del *Diario*

26 En el capítulo II, parágrafo 4 de los Estatutos de la Juventud Católica de Bogotá se lee el siguiente juramento: «Para ser recibido un individuo admitido, será interrogado en sesión pública por el Presidente en esta forma: ¿Prometéis firme adhesión á la autoridad de la Santa Sede y absoluta sumisión á su infalible palabra, aceptando además por cosa justa y conveniente el poder temporal del Papa, y ofreciendo en consecuencia servir lealmente á los fines católicos de la Juventud Católica? y contestado que hubiere afirmativamente, se inscribirá su nombre en el libro de la Sociedad». Véase en *Estatutos de la Juventud Católica de Bogotá*, Santafé de Bogotá, Imp. Tradicionalista, 1872, pág. 5. Nótese el énfasis en el aspecto del poder temporal del Papa amenazado por los acontecimientos de la guerra de unificación italiana y la cuestión romana.

27 Cfr. Roberto HERRERA SOTO (ed.), *Antología del pensamiento conservador en Colombia*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982, tomo II, pág. 1319; y Miguel Antonio CARO, «El Partido Católico», *El Tradicionista* (Santafé de Bogotá), núm. 1, 21 de noviembre de 1871, págs. 22-23.

28 Cfr. Miguel Antonio CARO, *Escritos políticos,* Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990, tomo I, págs. 19-20. Publicado originalmente como «Primer editorial», *El Tradicionista* (Santafé de Bogotá), núm. 1, 7 de noviembre de 1871, pág. 4.

de Cundinamarca, con la guerra que adelantaba el rey carlista —todavía en 1875— en contra del liberalismo español (en sus dos formas: progresista y conservador). Ésta era su opinión: «Esto sea dicho, lo repetimos, una vez por todas. Carlos VII es un rey católico que ha jurado matar la Revolución, y es por lo tanto natural que nosotros lo amemos y que lo aborrezca el *Diario* [de Cundinamarca]»[29]. Del mismo modo, Caro explicaba que en otras latitudes existen partidos conservadores, incluso en el mundo protestante, en los que se intenta conservar costumbres morales y religiosas particulares, pero el conservadurismo en sí no es una declaración de principios y observaba que, de dejar de conservar el catolicismo en el caso colombiano, no tenía ningún sentido fiarse de un partido que no estableciera como dogma los principios católicos, mientras que en materias opinables como el centralismo o el federalismo se mostraba excesivamente dogmático, alejando de modo contraproducente de sus huestes a muchos buenos católicos. El antiliberalismo de Caro, sostenido en la doctrina pontificia y en el tradicionalismo francés y español (de sus varias veces citados Joseph de Maistre y Donoso Cortés), lo hace cuestionar el mismo significado de ser conservador. En este punto manifestaba: «Pero entre nosotros si se ponen a un lado los principios católicos y las tradiciones católicas ¿qué queda que conservar? ¿Qué principios alegará entonces el partido conservador? Con todo esto, nosotros, católicos ante todo, confesamos francamente que los hombres públicos del partido conservador no siempre han correspondido a la confianza de sus comitentes católicos: que muchos de ellos están contaminados de ideas liberales, o ya por la educación que recibieron en aulas de ciencias políticas enseñadas en sentido liberal, o ya por su incorporación y voluntaria permanencia en las logias masónicas; que otros por debilidad y por respetos humanos hacen indebidas concesiones; y que hay, finalmente, afiliadas en ese partido personas que cordialmente aborrecen las santas instituciones

29 Miguel Antonio Caro, «Salto Estratégico», *El Tradicionista* (Santafé de Bogotá), núm. 453, 17 de diciembre de 1875, págs. 1227-1228.

católicas»[30]. Aunque estas palabras las escribió en respuesta al rechazo del conservador Rafael Pombo de su tradicionalismo político, tampoco cayeron en gracia a muchos otros militantes del conservadurismo.

Un viejo conservador como José María Quijano Otero lanzó un contraprograma de 21 puntos en el periódico *La América* para reactualizar su partido ante la amenaza de un grupo «tradicionista» que unía bajo una misma bandera la religión y la política. Allí manifestó: «Dijimos que en nuestro sentir el campo religioso era distinto del político, y que aspirábamos a que quedaran deslindados»[31]. En pocas palabras, en torno al proyecto del Partido Católico surgieron oposiciones desde todo el espectro político: liberal, conservador e incluso de cierta parte de la misma jerarquía eclesiástica[32].

Podemos reconstruir la reorganización que produjo en el espectro político la facción ultramontana y tradicionalista de Caro de la siguiente manera: en el «extremo ortodoxo» encontramos el tradicionalismo católico de M. A. Caro con su periódico *El Tradicionista*, en el lado diametralmente opuesto, encontramos la «extrema heterodoxia» del liberalismo radical de José María Rojas Garrido con su periódico *El Tiempo* (proclamando que «el que es católico no puede ser republicano»). En medio de esos dos extremos (en el centro), encontramos al conservador Manuel María Madiedo con su periódico *La Ilustración* y al liberal José María Samper con su periódico *El Patriota*, ambos declarados en materias de reli-

30 Miguel Antonio CARO, *Obras. Filosofía, religión y pedagogía*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1962, tomo I, pág. 755. Originalmente como «El Partido Católico», *El Tradicionista* (Santafé de Bogotá), núm. 3, 21 de noviembre de 1871, págs. 22-23.

31 José María QUIJANO OTERO, «Nuestra Bandera», *La América* (Santafé de Bogotá), núm. 23, 5 de octubre de 1872.

32 Para las disputas de Caro y Groot con el arzobispo Vicente Arbeláez sobre los límites del periodismo católico y la participación política mediante el Partido Católico, cfr. Sergio MEJÍA, *El pasado...*, cit., págs. 260-268; Mario GERMÁN ROMERO, «El arzobispo Arbeláez y el II Concilio Neo-granadino», *Boletín de Historia y Antigüedades* (Santafé de Bogotá), vol. XLIII, núm. 495-496 (1956), págs. 771-811, y Fernán GONZÁLEZ, *Poderes enfrentados...*, cit., págs. 219-235.

gión como católico-liberales (corriente de por sí interpartidista)[33]. En el centro político, tanto Madiedo como Samper están alineados con las doctrinas de Lamennais y Montalembert. Acerca del programa del Partido Católico comenta con perspicacia Rojas Garrido: «Sólo que no sabemos si todo el partido conservador lo acepta, pues el mismo redactor de dicho periódico se queja de que haya *conservadores liberalizados*, sobre lo cual los amonesta convenientemente con el objeto de reducirlos al aprisco, como ovejas descarriadas»[34]. Caro respondiendo a su adversario y deplorando la posición centrista católico-liberal, presente en ambos partidos, le contestaba a Rojas Garrido: «*El Tiempo* se felicita y felicita al país por la franqueza de *El Tradicionista*, y éste a su vez se congratula por la franqueza de *El Tiempo*. Estos dos periódicos se parecen en una sola cosa: *en que determinan las opiniones*. Los liberales que se escandalizan de *El Tiempo* y los católicos que se asustan de *El Tradicionista* son cabezas desorientadas, personas sin principios, que alejándose de las filas del combate, *deben ir a incorporarse en la masa ecléctica*»[35].

Ante estas adversidades, Caro tenía clara su perspectiva teológico-política de raíz antiliberal al afirmar: «Las doctrinas políticas se derivan de principios morales y los principios morales de verdades religiosas. [...] Tan cierto es esto que según se alteren las creencias teológicas, se altera esomismo la idea del derecho y de los derechos. [...] Así que, no solamente es cierta la observación de Proudhon de que "en toda cuestión política tropieza uno con una cuestión teológica"», o, como modifica Donoso [Cortés], que «en

33 Samper divide el conservadurismo colombiano en cuatro fracciones: 1. economistas, 2. centralistas de acción, 3. demócratas socialistas, y 4. tradicionistas. Samper (defensor de la libertad religiosa en esta época) vaticina que «el tradicionismo haría trizas la bandera conservadora». Véase José María SAMPER, *Los partidos en Colombia. Estudio histórico-político*, Santafé de Bogotá, Imprenta de Echeverría y Hermanos, 1873, págs. 110 y 123. Madiedo haría parte de los conservadores «demócratas socialistas».

34 José María ROJAS GARRIDO, «El Tradicionista», en *Obras selectas*, Santafé de Bogotá, Imprenta Nacional, 1979, pág. 185. Cursiva agregada.

35 Miguel Antonio CARO, *Escritos...*, cit., tomo I, pág. 43, y en «Revista de la prensa», *El Tradicionista*, (Santafé de Bogotá), núm. 5, 5 de diciembre de 1871, págs. 35-36. Cursiva agregada.

toda gran cuestión política se envuelve una gran cuestión teológica, sino que la cuestión religiosa es matemáticamente anterior a todas las cuestiones políticas»[36].

¿Qué ocurría en la década de 1870 para que una fracción importante del conservadurismo haya considerado romper, a nivel de los principios doctrinales, explícitamente con el liberalismo en cualquiera de sus formas? Aunque la facción liberal radical se había deshecho de la amenaza mosquerista y había cesado la persecución directa del clero, mantenía rotas las relaciones diplomáticas oficiales con la Santa Sede y preparaba una ofensiva cultural de tipo laicista con su proyecto de educación estatal obligatoria siendo la libertad religiosa la piedra angular[37]. *El Tradicionista* unió su crítica a la libertad de cultos con el rechazo del nuevo proyecto radical de una educación obligatoria. Contra la idea liberal de la libertad de cultos y su relación con la visión ética, jurídica y política de matriz católico-liberal de la «Iglesia libre en el Estado libre», Caro lideró una gran campaña publicística contra la idea de una «moral cívica», deísta y masónica que serviría de reemplazo respecto de la moral católica tradicional en las escuelas estatales, por eso había manifestado: «El liberalismo es el protestantismo aplicado al orden político: liberal es el que protesta contra la Iglesia en nombre de la sociedad política, como protestante el que protesta contra la Iglesia en nombre de la razón y del libre examen»[38]. En este sentido, empeñaría todos sus esfuerzos apologéticos en la defensa de la familia y el correlativo derecho natural para educar a los hijos que tienen los padres dentro de la tradición católica, siempre denunciando la usurpación del derecho de enseñar que

[36] Miguel Antonio Caro, *Escritos...*, cit., tomo I, págs. 1-10, y en «Principios y Hechos», *La Unión Católica* (Santafé de Bogotá), núm. 7, 6 de agosto de 1871, pág. 25. Cursiva agregada y del original en la última frase.

[37] Cfr. Jane M. Rausch, *La educación durante el federalismo. La reforma escolar de 1870*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993, págs. 83-144.

[38] Miguel Antonio Caro, *Escritos...*, cit., pág. 329, y en «El pequeño sacrificio», *El Tradicionista*, (Santafé de Bogotá), núm. 448, 30 de noviembre de 1875, pág. 1207.

hace el denominado «Estado Docente» por sobre la autoridad de la Iglesia[39].

Según Caro, el problema no sólo era el indiferentismo religioso que emanaba de la libertad de cultos como apostasía de los Estados en los países católicos y como igualitarismo forzado de las religiones, sino que al interior del conservadurismo desde el inicio había una forma de catolicismo liberal que no le permitía atajar las amenazas de mayor calado respecto a la defensa de los derechos de la Iglesia entendida como una Iglesia en plena comunión con Roma. En el plano de la política y de la educación, Caro señalaba que los viejos compromisos de los conservadores con la filosofía liberal debían ser suprimidos: «Sois injustos cuando identificáis nuestra causa con antiguas reminiscencias políticas. Tenemos claras afinidades con el antiguo partido conservador; tenemos todo lo que él tuvo de bueno; pero no tenemos sus compromisos ni respondemos de sus errores. Somos el partido católico»[40]. Y, en otra parte, criticando a las *Cartas de los sin cuenta* (1837-1838), escritas contra Santander por conservadores tan insignes como Márquez, Urisarri y Gori, en las que nunca se hace refutación del utilitarismo benthamista, dijo: «Desde 1837 en que la facción santanderista quedó postrada, la conducta del partido conservador en el poder ha sido, en lo religioso, en lo sustancial, una serie de concesiones católico-liberales que nos han traído al ateísmo oficial [indiferentismo librecultista], diligencia en que vamos Dios sabe a dónde si el mal no se remedia con tiempo»[41].

39 Miguel Antonio CARO, *Obras*..., cit., págs. 1286-11325, y en «La religión y las escuelas», *El Tradicionista* (Santafé de Bogotá), núm. 41, 8 de junio de 1872, págs. 272-273.

40 Miguel Antonio CARO, *Escritos*..., cit., tomo I, págs. 241-243, y «Miradnos», *El Tradicionista* (Santafé de Bogotá), núm. 120, 14 de enero de 1873, págs. 600-601.

41 Miguel Antonio CARO, *Obras*, cit., pág. 795, y «Libertad de cultos», *El Tradicionista* (Santafé de Bogotá), 2 de enero de 1872, págs. 70-71. Una razón más para vincular el tradicionalismo de Caro con las críticas del padre Francisco Margallo al plan de estudios de Santander. El grupo de Caro, en el fondo de Groot, tenía orígenes más en las ideas y lecturas del clero ortodoxo que en los conservadores laicos. Caro mismo se inauguró como apologista con su *Estudio*

La lucha tradicionalista y ultramontana, que no simplemente conservadora, de Caro se vería culminada en el fracaso de su Partido Católico, disuelto ante los hechos de una nueva guerra civil (1876-1877) en buena parte motivada por el asunto de las escuelas estatales obligatorias, la reunión con el Partido Conservador no pudo evitar la derrota ante la superioridad militar del gobierno liberal radical. A pesar de que la guerra fue ganada por el liberalismo, le supuso un declive definitivo en el poder que abriría paso a una nueva etapa conocida como la Regeneración (1878-1900).

Esta etapa fue posible gracias a la división interna del liberalismo en independientes y radicales. Los primeros, liderados por el político cartagenero Rafael Núñez, conseguirían ganar las elecciones en 1880, atraer a varios conservadores a su gobierno (incluido Caro) y, finalmente, intentar reformar la constitución de 1863, lo que conduciría a una guerra civil en 1885 cuya victoria sobre la facción liberal radical permitiría una nueva constitución en 1886.

En esta constitución, Caro sentó las bases que darían como fruto la anhelada búsqueda ultramontana de la supresión de la libertad de cultos a cambio de una restringida tolerancia de cultos, la vigilancia moral de la educación pública a cargo de las autoridades eclesiásticas y la realización de un Concordato con la Santa Sede en 1887, previo restablecimiento de las relaciones diplomáticas en 1882 gracias a Núñez (rotas desde la revolución del general Mosquera en 1862)[42]. Este intento de forjar un régimen de Cristiandad en un molde republicano, compuesto por liberales nuñistas y conservadores, en realidad era un eco tardío de los esfuerzos fallidos del régimen ecuatoriano del asesinado Gabriel García Moreno (1821-1875).

sobre el utilitarismo, Santafé de Bogotá, Imprenta a cargo de Foción Mantilla, 1869.

42 También de la misma época es el restablecimiento de relaciones diplomáticas con España. La fidelidad de Caro a la tradición española se encuentra en muchos de sus artículos junto con su epistolario con Marcelino Menéndez y Pelayo, sin contar que fue uno de los miembros fundadores de la Academia Colombiana en 1871, correspondiente de la Real Española. Cfr. Miguel Antonio CARO, *Ideario hispánico*, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, 1952 y para el epistolario *Menéndez y Pelayo en Colombia, 1856-1956*, Kelly, 1957.

Como último ejemplo de división interna del conservadurismo encontramos que, a pesar de los esfuerzos de Caro de unir las facciones liberal (nuñista o independiente) y conservadora en un Partido Nacional, el asunto católico-liberal de rechazar la unión de religión y política y optar por la separación vuelve a resurgir en manos de Carlos Martínez Silva, antiguo compañero de luchas en *El Tradicionista*, quien —unido al sacerdote transigente Baltasar Vélez— propone *Un puente sobre el abismo* (1897), rechazando las tesis tradicionalistas y ultramontanas para diferenciar las esferas religiosa y política y así crear un puente con el liberalismo (radical). La facción de Martínez Silva sería conocida como los «conservadores históricos» y poco se ha señalado su relación con las ideas católico-liberales que resurgen para desafiar la política regeneradora cariana apegada a un antiliberalismo doctrinario de cuño tradicionalista. No hay duda de las concesiones mutuas entre el liberalismo positivista de Núñez y la visión del catolicismo político de Caro, que este último había podido poner en práctica con desiguales resultados durante su vicepresidencia entre 1892 y 1898 (Núñez muere en 1894). Pero precisamente el consenso Núñez-Caro tiene que ver con la búsqueda de la unidad de culto en un intento de restaurar un régimen de Cristiandad como base de la unidad nacional (de complementariedad concordataria de la autoridad espiritual y el poder temporal), modelo que contradice las pretensiones contemporizadoras que había intentado difundir décadas atrás la hipótesis católico-liberal del conde de Montalembert y, de manera más radical y rupturista, Lamennais.

El siglo XIX se cierra con la peor guerra civil que había registrado la república, conocida como la Guerra de los Mil Días (1899-1902), cuyos orígenes políticos se remontan a un nuevo levantamiento guerrerista del liberalismo radical (o al menos realizado por una parte de sus cuadros más exaltados) y agravada por el golpe del 31 de julio de 1900 propinado por la facción de los conservadores históricos encabezados por José Manuel Marroquín al anciano presidente, sucesor de Caro, Manuel

Antonio Sanclemente[43]. Después de la guerra civil y sus tremendos desastres sociales y económicos, vino el llamado Quinquenio Reyes (1904-1909), que no fue apoyado por Caro. En este contexto, las ideas tradicionalistas afianzadas en la doctrina pontificia (todavía antiliberal) sobrevivirían a la muerte de Caro, acaecida en 1909, en el campo de la educación con el rector del restaurado Colegio Mayor del Rosario (devuelto a manos eclesiásticas durante la Regeneración), Monseñor Rafael María Carrasquilla, caracterizado por ser el principal exponente de la escuela neoescolástica colombiana[44].

3. LAUREANO CONTRA LOS LEOPARDOS (1930-1940): ENTRE LA ESTRELLA POLAR Y LA BANCARROTA DEL LIBERALISMO

En la Colombia de 1937, un periodista político declaraba con toda confianza y en sólo dos oraciones lo siguiente: «El idilio democrático liberal del siglo XIX ha terminado. Las sombras llegaron ya

43 Puede decirse que el mayor legado concreto de Caro, en el terreno teológico-político, fue el significativo aumento del establecimiento de órdenes y congregaciones religiosas venidas de España, Francia e Italia entre 1888 y 1900, cuyo objetivo era realizar obras de educación, beneficencia y misiones. Esto contribuyó a la recuperación institucional de la Iglesia después de la expulsión de las congregaciones religiosas durante el periodo 1860-1870. Cfr. Frédéric MARTÍNEZ, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 2001, págs. 479-493.

44 Sobre las tesis escritas contra el positivismo por los rosaristas guiados bajo el magisterio de monseñor Carrasquilla, cfr. Carlos VALDERRAMA ANDRADE, «El movimiento neotomista orientado por R. M. Carrasquilla en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario», *Thesaurus* (Santafé de Bogotá), tomo XL, núm. 2 (1985), págs. 328-348. Para su crítica al liberalismo, cfr. Rafael MARÍA CARRASQUILLA, *Ensayo sobre la doctrina liberal* [1895], Santafé de Bogotá, Imprenta de Luis M, Holguín, 1899, pág. 207.

para muchos países y se aproximan para nosotros»[45]. El rechazo frontal al pensamiento liberal y a su concepción abstracta de la democracia no era una novedad entre las facciones más intransigentes o tradicionalistas del conservadurismo católico colombiano, pero durante el siglo XIX el liberalismo era la ideología en ascenso y mediante la superación de muchos conflictos civiles y militares había logrado crear un orden estatal basado en sus propias ideas jurídicas y políticas. ¿Cómo es que en la década de 1930 se había llegado a pensar que el «idilio democrático liberal», que había dominado el panorama político por más de una centuria, había llegado a su fin?

El autor de estas palabras fue Silvio Villegas, un político conservador de provincia que, en 1937 con 37 años, se encontraba en una lucha intestina con el mayor jefe político del conservadurismo colombiano del siglo XX: el bogotano Laureano Gómez, que en aquel momento contaba con 48 años. A través de este enfrentamiento podremos comprender una de las mayores crisis doctrinales y políticas del conservadurismo de la primera mitad del siglo XX, cuyas consecuencias explican varias de las evoluciones ideológicas posteriores y, sobre todo, nos permite caracterizar qué ocurrió (y también cómo mutó) dentro del conservadurismo la herencia antiliberal del catolicismo intransigente o tradicionalista de la centuria anterior.

Ante todo, debemos comprender que después de la Regeneración de Caro y Núñez (1878-1900), la Guerra Civil de los Mil Días (1899-1902) y la pérdida de Panamá (1903), en Colombia existieron una serie de gobiernos conservadores en sus primeras tres décadas del siglo XX, conocidos bajo la denominación de Hegemonía Conservadora o, también, República Conservadora. En las elecciones presidenciales de 1930 los conservadores salieron divididos con dos candidatos, Guillermo Valencia y Alfredo Vásquez Cobo, facilitando la victoria del candidato liberal Enrique Olaya Herrera, acontecimiento que abrió el periodo conocido co-

45 Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha. Materiales para una teoría nacionalista*, Manizales, Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata, 1937, pág. 222.

mo la República Liberal, cuyas ideas progresistas y revolucionarias se extenderían entre 1930 y 1946. No podemos entrar en los conflictos ideológicos y en las diferentes medidas políticas que se dieron en los gobiernos conservadores, pero sí debemos detenernos brevemente —antes de centrarnos en la década de 1930— en la pugna interna del Partido Conservador, que en 1921 provocaría el retiro de Marco Fidel Suárez de la presidencia (quien fuera un antiguo discípulo de Miguel Antonio Caro).

La división entre «conservadores históricos» y «conservadores nacionalistas» de fines del siglo anterior se reproducía de nuevo encarnada en la persona de Laureano Gómez («histórico») y Marco Fidel Suárez («nacionalista»), especialmente en torno a las disputas parlamentarias por la aceptación del tratado Urrutia-Thompson para recibir una indemnización de EE. UU. por la pérdida de Panamá. Gómez trataba de explotar un reciente sentimiento nacionalista colombiano (que no tiene nada que ver con la denominación «nacionalista» de la facción conservadora rival), nacido del rechazo de la intervención norteamericana que había humillado a la nación poniendo en entredicho su atributo de soberana, al tiempo que intentaba ganar para su grupo político «histórico» el control del partido conservador eliminando la generación de vieja guardia que representaba Marco Fidel Suárez. Para este fin, Laureano Gómez, a quien se le inscribe como parte de la llamada Generación del Centenario (que llegaba a la mayoría de edad alrededor de 1910), no dudó en unir fuerzas con viejos liberales como el general Benjamín Herrera y con jóvenes centenaristas liberales como Alfonso López Pumarejo (con quien en esta época había entablado una importante amistad personal)[46]. Aunque Gómez rendía culto a las ideas religiosas y jurídicas de Miguel

46 Cfr. James D. HENDERSON, *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2006, págs. 152-166. De todos modos, existió un abismo entre López y Laureano. A a pesar de ser coetáneos, la diferencia cualitativa reside en que «él [Laureano] formó parte del grupo de pensadores que estaban convencidos de la bancarrota del liberalismo occidental y que actuaban de acuerdo con esa convicción». James D. HENDERSON, *Las ideas de Laureano Gómez*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1985, pág. 21. Ese elemento cualitativo es propio de entreguerras y no es para

Antonio Caro, sus fidelidades políticas concretas estaban del lado de la facción «histórica» que había derrocado al presidente «nacionalista» Manuel Antonio Sanclemente, acto que en su momento fue repudiado por Marco Fidel Suárez (fiel al Partido Nacional de M. A. Caro) con la consecuencia de su marginación temporal del poder político[47].

Coetáneamente, el mucho más joven universitario Silvio Villegas, junto con otros colegas, publicaba hacia 1924 su *Manifiesto Nacionalista*, escrito por la enorme inconformidad que sentían respecto al manejo de los asuntos políticos, económicos y sociales que habían realizado hasta el momento los gobiernos conservadores[48]. Villegas se unía a un grupo de jóvenes estudiantes conservadores, compuesto por Eliseo Arango, Augusto Ramírez Moreno y José Camacho Carreño, que fue bautizado como los Leopardos[49], grupo contemporáneo a la nueva generación liberal e izquierdista de *Los Nuevos*, opuesta inicialmente a las obras de la Generación del Centenario, que durante los años universitarios tuvo participaciones conjuntas de los escritores de la nueva derecha y de la nueva izquierda en la revista *Universidad* de Germán Arciniegas (vocera del naciente movimiento estudiantil) y, sobre todo, en la revista literaria del que proviene su nombre, *Los Nuevos*, dirigida por los liberales Alberto y Felipe Lleras[50]. Los Leopardos, en su

nada una actitud anacrónica como muchos malentienden debido a las posiciones reaccionarias o antiliberales de Laureano.

47 Cfr. James D. HENDERSON, *La modernización en Colombia...*, cit., pág. 144.

48 Cfr. César Augusto AYALA DIAGO, *El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana de los años treinta*, Santafé de Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño y Universidad Nacional de Colombia, 2007, págs. 59-61.

49 Cuenta S. Villegas que «el grupo fue bautizado por Ramírez Moreno en memoria de tres ágiles y combativos leopardos, auténtico orgullo de un circo de fieras que visitaba entonces Bogotá. Germán Arciniegas fue quien lanzó primero el nombre al gran público». S. VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., pág. 76. Se ha dicho también que «Leopardos» es un acrónimo que significa «Legión Organizada para la Restauración del Orden Social».

50 La generación de Los Nuevos incluía a Alberto y Felipe Lleras Camargo, Jorge Zalamea, León de Greiff, Rafael Maya, Luis Tejada, Juan Lozano, Gabriel Turbay, Elíseo Arango, José Camacho Carreño, Primitivo Crespo, Germán Arciniegas. Cfr. Ricardo ARIAS TRUJILLO, *Los Leopardos. Una historia intelec-*

primer manifiesto, expresaban en la línea del siglo anterior (y en consonancia con las ideas de Miguel Antonio Caro) la voluntad de oponer la libertad cristiana a las libertades liberales y la intención de defender la unidad nacional sobre la base de la unidad religiosa: «Queremos para la República el orden civil preconizado por la Iglesia, que opone a las libertades revolucionarias, destructoras del Estado y del ciudadano, un concepto de libertades tradicionales. Buscamos la unidad nacional en la unidad religiosa»[51]. Sin embargo, desde el principio se preocuparon por los acelerados cambios que traía la modernización capitalista a la vida tradicional y aldeana de la república, temiendo la corrupción moral que pueden implicar los flujos de capitales que trae una nueva economía financiera cada vez más invasiva (incrementados después de la indemnización de EE. UU. por la pérdida de Panamá). Ante los cambios sociales y las nuevas formas de explotación económica, los gobiernos conservadores parecían —a sus ojos— cada vez más desbordados y anacrónicos para lograr conjurar los peligros que se avecinaban, se veían en la encrucijada de estar en medio de dos materialismos: el liberal y el socialista, el americanismo y el bolchevismo[52].

Los Leopardos buscaron la alternativa en la restauración del orden social católico en el que se formara un «bloque nacionalista» antiliberal (amparado en la encíclica de 1891 *Rerum novarum* de León XIII), pues el liberalismo era el primer paso al materialismo socialista. Todavía insistirían en un fortalecimiento del agrarismo como barrera a los males del liberalismo económico, un apoyo en una república de campesinos y plantearían a la altura de 1924

tual de los años 1920, Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 2007, págs. 209-224 y James D. Henderson, *La modernización en Colombia...*, cit., págs. 249-251.

51 *Manifiesto Nacionalista* (1924), reproducido en Silvio Villegas, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., pág. 232.

52 *Ibid.*, pág. 231: «En el orden económico la escuela liberal crea la libre concurrencia. La libre concurrencia es el egoísmo capitalista, que engendra las desigualdades irritantes, las clases proletarias abandonadas de la caridad cristiana. Es responsable de la lucha de clases que reclama el socialismo como remedio a los males de la economía liberal. [...] Nosotros podemos esquivar el ciclo comunista marchando hacia un orden social católico».

cierta oposición entre el obrero y el campesino[53]. Sus referentes contrarrevolucionarios principales eran los autores venerados por los católicos antiliberales de su generación: Charles Maurras y Maurice Barrès, con cuyas doctrinas se intentaba lograr la difícil síntesis (muy francesa) entre positivismo y tradicionalismo[54]. Los Leopardos aludían al «espíritu de los muertos» y a la «tierra de los muertos» como continuidad histórica que daba fundamento a la comunidad política, buscaron al igual que Acción Francesa (Silvio Villegas estaba abonado a la publicación homónima) un «nacionalismo integral» resistente a las fuerzas disolventes tanto del individualismo como del colectivismo. A pesar de haber publicado su primer manifiesto en el periódico conservador *El Nuevo Tiempo,* la recepción de la vieja guardia conservadora de la propuesta de los Leopardos fue fría y antipática, Marco Fidel Suárez escribió que el «bloque nacionalista» de Villegas y compañía «es obra desalentadora, inconsiderada, *emprendida sin la debida autorización*, por sujetos que personalmente tendrán buenos títulos, pero que hacen mal en tratar a una corporación tan respetable como el partido conservador, de la manera que un practicante de anatomía se llega al anfiteatro»[55].

Volviendo ahora al enfrentamiento de 1921 entre Laureano Gómez y Marco Fidel Suárez, dicha contienda guardaba viejos rencores banderizos pero también revelaba tanto la rigidez como la flexibilidad de los líderes políticos conservadores en su lucha por el poder; por ejemplo, Suárez se había unido transitoriamente al

53 *Ibid.*, págs. 231-232: «Frente a los extravíos anárquicos del proletariado urbano, que es una sedición sistemática del individuo contra la especie, nosotros invocamos el sentido tradicional de las clases campesinas, que son el espíritu de la tierra. Siendo nuestro país casi en su totalidad agrícola, el problema social se cifra primeramente, en el mejorestar de los trabajadores rústicos, que son el fundamento de la economía patria».

54 José Díaz Nieva, «Apuntes para un estudio de la influencia de Maurras en Hispanoamérica», *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada* (Madrid), núm. 16 (2010), págs. 81-98.

55 Citado en Silvio Villegas, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., págs. 81-82, publicado originalmente en Marco Fidel Suárez, «El sueño del nacionalismo», *El Nuevo Tiempo* (Santafé de Bogotá), 3 de junio de 1924, cursiva agregada. Cfr. Ricardo Arias Trujillo, *Los Leopardos...*, cit., págs. 224-227.

grupo moderado y de centro compuesto por liberales y conservadores anti-reyistas llamado Unión Republicana (proyecto de unión bipartidista), que en su política económica e internacional buscó normalizar las relaciones diplomáticas con EE. UU. (búsqueda impopular que le había costado a Reyes, en parte, su caída) mediante el tratado Urrutia-Thompson (primera versión de 6 de abril de 1914), negociación que se prolongaría —con muchas vicisitudes— para alcanzar la mutua ratificación parlamentaria que le valdría a Suárez su retiro de la presidencia[56]. La Unión Republicana era de tendencias más bien liberales en religión y fue muy repudiada por el doctrinarismo conservador de Gómez[57]. En este sentido, hay que recordar que tanto Marco Fidel Suárez como Laureano Gómez vieron con preocupación —apoyados en el clero— la presidencia del «republicano» —salido del conservadurismo— Carlos E. Restrepo por sus ideas y alianzas heterodoxas[58].

Este dato es interesante, puesto que Suárez, de pensamiento católico ultramontano, latinista consumado y afín al hispanismo cultural, comenzaba a distanciarse de su mentor Caro, pues en sus ideas como internacionalista, aunque no sin algunas vacilaciones, había comenzado a desarrollar su doctrina pro-yanqui que intituló *Respice polum* (mirar al polo, a la estrella polar)[59]. Para el histo-

56 Cfr. Eduardo LEMAITRE ROMÁN, «1903: Panamá se separa de Colombia», y Alfonso LÓPEZ MICHELSEN, «La cuestión del Canal desde la secesión de Panamá hasta el tratado de Montería», *Nueva Historia de Colombia*, Santafé de Bogotá, Planeta, Bogotá, 1989, tomo I, págs. 137-143 y págs. 159-168. También cfr. James D. HENDERSON, *La modernización en Colombia...*, cit., págs. 164-166.

57 Sobre la enemistad de Gómez con la Unión Republicana a la que consideraba «híbrido» y «una mezcla de ideas contradictorias», cfr. James D. HENDERSON, *La modernización en Colombia...*, cit., pág. 98. A su vez los Leopardos, en su *Manifiesto Nacionalista* de 1924, escribieron: «El republicanismo en política es el relativismo filosófico». Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., pág. 230.

58 Sobre el rechazo simultáneo de Suárez y Gómez al apoyo masónico y liberal recibido por la Unión Republicana, Cfr. Mario ARANGO JARAMILLO, *Masonería y poder político en Colombia*, Medellín, Hombre Nuevo Editores, 2011, págs. 246-248.

59 Para comprobar el rechazo del «imperialismo de los Estados Unidos» en Caro (así le calificaba) léanse sus discursos en el Senado (1903-1904) contra el fallido tratado Herrán-Hay. Cfr. Miguel Antonio CARO, «La pérdida de Panamá»,

riador Marco Palacios la mezcla de doctrina social de la Iglesia y progreso económico derivado del seguimiento de la «Estrella Polar» concluiría en que «Marco Fidel Suárez enunció la doctrina del *realismo* conservador del siglo XX. Estados Unidos era (la estrella polar), el líder hemisférico y el aliado natural de Colombia [...]. Esta receta de catolicismo social y progreso yanqui, daría su sello al *conservatismo modernista* por el resto del siglo»[60].

Lo cierto es que la enemistad que se revelaba en la lucha facciosa y su recurso a las alianzas con el partido contrario terminaron por agrandar la división conservadora que finalmente les haría perder las elecciones presidenciales de 1930. En esta derrota tuvo que ver la tan defendida intervención del clero en política por Caro en las décadas 1860 y 1870 (cuando ese estamento estaba siendo perseguido), pues las indecisiones del arzobispo Ismael Perdomo para dirimir el asunto de la candidatura conservadora dividida influyó mucho en el fracaso electoral[61]. Silvio Villegas, ante esta situación, consideró que el clero no debe intervenir en política (citando a Carlos Martínez Silva), lo que no significa que los conservadores deben dejar de defender públicamente la filosofía católica como fundamento de gobierno[62].

Lo que nos interesa del episodio de la renuncia de Suárez en 1921, que se hizo no sólo por las presiones parlamentarias de Gómez sino también por la voluntad del propio Suárez de no obs-

en *Discursos y otras intervenciones en el Senado de la República 1903-1904*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1979, págs. 606-658.

60 Cfr. Marco PALACIOS, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Santafé de Bogotá, Norma, 2003, págs. 105-109, cursiva agregada. También cfr. Marco PALACIOS y Frank SAFFORD, *Historia de Colombia. País fragmentado, sociedad dividida*, Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 2012, págs. 403-409. Para una discusión sobre los usos y abusos de la locución latina de Suárez, cfr. Carlos CAMACHO ARANGO, «*Respice polum*: las relaciones entre Colombia y Estados Unidos en el siglo XX y los usos (y abusos) de una locución latina», *Historia y Sociedad* (Medellín), núm. 19 (2010), págs. 175-201.

61 Según Mario LATORRE RUEDA, «1930-1934. Olaya Herrera: un nuevo régimen», en *Nueva Historia...*, cit., tomo I, págs. 277-278: «Tantas vueltas y revueltas ha dado, que se hablará del bondadoso prelado no como monseñor Perdomo sino como monseñor Perdimos...».

62 Cfr. Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., pág. 173.

taculizar la aceptación del tratado Urrutia-Thompson, es que el antiliberalismo de la centuria anterior se manifestaba concretamente en el nuevo siglo en la forma de un antiamericanismo o antiyanquismo que tendría una deriva derechista, antiparlamentaria y nacionalista integral en los Leopardos, liderados por Silvio Villegas[63], además de otra deriva antiyanqui más convencional, doctrinaria y parlamentaria liderada por el conservador Laureano Gómez (el antiyanquismo o antiamericanismo no era patrimonio exclusivo de las izquierdas)[64] Insistimos en este aspecto para comprender mejor la militancia propiamente contrarrevolucionaria, antiprotestante, antiliberal, antimasónica e incluso anticapitalista (corporativista) desde la perspectiva de las alas más intransigentes del conservadurismo, posición ideológica y geopolítica que en la segunda mitad del siglo XX no será tan clara, una vez establecida firmemente la hegemonía mundial de Estados Unidos como superpotencia occidental en conflicto con la URSS como superpotencia oriental (bipolarismo de la Guerra Fría). Es común retratar a ambas facciones, como derechistas conservadoras que eran, ante todo muy anticomunistas, y lo eran, pero hay que insistir en que lo que las conecta con el siglo XIX —aunque en una nueva presentación— es su antiliberalismo ahora de un tono antiyanqui, que no era tal en las facciones más centristas o moderadas del conservadurismo (más empresariales y muy preocupadas en la normalización de las relaciones diplomáticas y comerciales con EE. UU.)[65].

63 Dice Silvio Villegas, esperanzado más por la Roma de Mussolini que por la Roma papal de los ultramontanos: «Durante mucho tiempo se creyó que el industrialismo americano, con las ingenuas teorías sociales de Ford, podía ser una bandera de combate contra el comunismo internacional». Fue entonces cuando Driue de la Rochelle lanzó su fórmula famosa: «Moscú o Detroit». Esta concepción política tenía el defecto supremo de poner en conflicto dos materialismos: el de la miseria y el de la riqueza. El fracaso de la civilización maquinizada nos volvió a la norma justa: «Roma o Moscú» (Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., pág. 201).

64 Cfr. HENDERSON, *La modernización en Colombia...*, cit., pág. 148.

65 De nuevo HENDERSON, *ibid.*, pág. 148: Suárez [que era un filólogo y no un empresario] compartía la esperanza de la mayoría de los miembros de la Unión Republicana [centristas de ambos partidos con vocación empresarial] de que pudieran restablecerse las buenas relaciones con Estados Unidos, (*ibid.*, pág. 148).

Ahora bien, a pesar de existir un terreno común antiliberal y antiyanqui, el conflicto de los años 30 entre Laureano Gómez y los Leopardos de Silvio Villegas fue muy fuerte. El desacuerdo residía en buena medida en la manera en la que concebían y practicaban el enfrentamiento a los gobiernos liberales y, muy especialmente, a la llamada Revolución en Marcha del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938). El liberalismo intentaba, con bastantes dificultades, reactualizarse ante los desafíos que venían acumulándose desde fines del siglo XIX y que se agravaban exponencialmente después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), su crisis se manifestaba en un ascendente rechazo social y político de sus ideas sobre el gobierno representativo y el librecambismo capitalista, los problemas eran realmente serios: la Gran Depresión de 1929 que obligaba al liberalismo a abandonar el Estado mínimo y su dogma del «laissez faire» por un nuevo intervencionismo de Estado que le acercaba al fabianismo inglés y a la socialdemocracia alemana (en EE. UU. se desarrollaba la doctrina del *New Deal* de Franklin D. Roosevelt)[66], el fracaso de la Sociedad de las Naciones que en buena parte se debía a la maltratada relación con Alemania que dejaba el Tratado de Versalles (28 de junio de 1919), la revolución bolchevique de octubre de 1917 que destrozaba el reformismo democrático de la revolución de febrero del gobierno provisional de Kerenski, el repliegue del imperio británico cuyo liberalismo se revelaba después de 1918 (ante el despertar nacional oriental) como una forma brutal de colonialismo[67] y, finalmente,

En cambio, para Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos...*, cit., pág. 141: «En nuestro suelo trabajará una envilecida nación de jornaleros, mientras cobran pródigos dividendos, en las grandes metrópolis de Inglaterra y Estados Unidos, los accionistas de las factorías extranjeras que se han apoderado de nuestras industrias, con el apoyo venal de los gobiernos».

66 López Pumarejo estudió en la London School of Economics, fundada por la Fabian Society, involucrada también con la creación del Partido Laborista inglés. Sobre el socialismo fabiano, cfr. Bertrand DE JOUVENEL, *Los orígenes del Estado moderno*, Madrid, Magisterio Español, 1977, págs. 339-354. El capítulo se titula «La época de los fabianos».

67 Bien manifestaba Maurice MERLEAU-PONTY, *Humanismo y terror*, Buenos Aires, La Pléyade, 1968, pág. 45: «El liberalismo occidental se asienta sobre el trabajo forzado de las colonias y sobre veinte guerras». En el mismo sentido señala Carl

la decadencia del parlamentarismo como institución incapaz de responder a una nueva democracia de masas en la que lo político y lo social encontraban otros cauces en nuevas ideologías como el comunismo y el fascismo.

Retengamos el último punto: bien ha dicho Carl Schmitt en 1926 que el parlamentarismo ha ido avanzando simultáneamente y en estrecha implicación con los desarrollos de la democracia sin que se hiciera una clara distinción entre ellos, pues para la época de entreguerras ha estallado la crisis más severa de los fundamentos parlamentarios del liberalismo doctrinal anglo-francés (de Guizot, Bentham, Stuart Mill y Burke), que eran comunes tanto a los partidos liberales como a los conservadores, encontramos que el principio del «government by discussion» (basado en el papel central de la discusión y la publicidad) se ve desbordado en un nuevo antagonismo entre el parlamentarismo y la democracia de masas ante la cuestión social. El asunto de la inactualidad del parlamentarismo, en la época de entreguerras, como método de gobierno y como sistema político desarrollado en el siglo XIX ante el resurgimiento de la democracia directa y la aparición de movimientos sociales de masas antiliberales en el siglo XX, se patenta en el hecho del resquebrajamiento de la creencia de que el pueblo sólo puede exteriorizar su voluntad a través del voto individual y secreto para calcular una mayoría aritmética, esto pertenece a las representaciones no democráticas surgidas de la mezcla con los principios liberales[68].

SCHMITT, *Los fundamentos histórico-espirituales del parlamentarismo en su situación actual*, Madrid, Tecnos, 2008, págs. 25-26: «Ni en la *polis* democrática ateniense ni en el imperio inglés han tenido los mismos derechos políticos todos los que habitaban en el territorio del Estado. De los más de 400 millones de habitantes del imperio británico más de 300 millones no son ciudadanos ingleses. Cuando se habla de la democracia inglesa, del derecho al voto y del sufragio "universal" e igualdad "universal", esos cientos de millones son ignorados en la democracia inglesa con tanta naturalidad como los esclavos en la democracia ateniense».

68 Según el jurista Carl SCHMITT, *Los fundamentos...*, cit., págs 36-38: «En cambio, tanto el bolchevismo como el fascismo son, ciertamente, como toda dictadura, antiliberales, pero no necesariamente antidemocráticos. En la historia de la democracia hay multitud de dictaduras, cesarismos y otros ejemplos de métodos

En la Colombia bipartidista también estaban confundidos el liberalismo y la democracia, pero la crisis internacional va resquebrajando la fe en el parlamentarismo que se suma a los problemas de un crecimiento interno de las ciudades (que ya había comenzado en la década del 20 durante el régimen conservador). Estos dos factores van preparando la necesidad de un cambio político y social, en medio de una crisis que el liberalismo, aunque más afectado en sus principios, supo aprovechar mejor en comparación con la lenta respuesta del conservadurismo[69]. La derrota conservadora de 1930 produjo respuestas en diversos sectores de la colectividad azul, desde la oficialidad (creando un nuevo programa en 1931 —después de 50 años—) hasta el grupo disidente de los Leopardos, quienes consideraban insuficientes las tímidas reformas programáticas (a pesar de su apoyo en las encíclicas sociales papales), precisamente por no poder desprenderse de principios liberales, puestos en cuestión en su época, ya que los nuevos tiempos exigían otros cauces políticos extraparlamentarios para los movimientos sociales de masas que demandaban el desarrollo de otras formas de concebir el poder (la aclamación plebiscitaria nacionalista ponía nerviosa a la élite liberal y progresista europea); por ejemplo, era claro que el movimiento obrero en Europa occidental no era dominado totalmente por la socialdemocracia o por el comunismo (con su idea de una dictadura del proletariado), sino que estas ideologías competían con los movimientos políticos na-

de configuración de la voluntad del pueblo y de creación de alguna clase de homogeneidad que resultan llamativos e inusuales para las tradiciones liberales del último siglo. [...] Aunque el bolchevismo sea reprimido y el fascismo mantenido alejado, la crisis del parlamentarismo actual no quedará superada en lo más mínimo. Pues no ha surgido como consecuencia de la aparición de estos dos adversarios; ya estaba ahí, antes de aparecer ellos, y seguirá después de ellos. [...] Se trata en el fondo, del insuperable antagonismo entre la conciencia liberal del individuo y la homogeneidad democrática».

69 El enorme fracaso social, corrupción y entreguismo a la voracidad de las compañías estadounidenses en el gobierno de Miguel Abadía Méndez (1926-1930) había sido castigado electoralmente, sin contar con el incremento de las divisiones conservadoras, cfr. HENDERSON, *La modernización...*, cit., págs. 212-216 y 232-246.

cionalistas, entre los cuales destacaba por su aparición temprana el fascismo de Mussolini[70].

Alfonso López Pumarejo (afín al *New Deal* de Roosevelt), quien había ganado la presidencia en 1934 y había logrado reunir en su favor buena parte del electorado urbano y de los movimientos sociales sindicales de izquierda, incluido el apoyo del pequeño Partido Comunista Colombiano, practicaba una especie de «giro fabiano» que trataba de revivir la utilidad del desprestigiado parlamentarismo para afrontar el problema político de una modernización económica y social que no dejara fuera de juego al Partido Liberal sino que lo pusiera a la vanguardia de una evolución institucional sin una revolución antiliberal, al menos sin una insurrección desde las izquierdas (era un intento de crear un Frente Popular —guardando las proporciones— similar a los que existían en Francia y España)[71]. Su Revolución en Marcha era en realidad una inteligente estrategia política que se adelantó a una reorganización conservadora que no lograba mostrarse verdaderamente efectiva, pues el conservadurismo estaba más desunido que nunca ante los nuevos acontecimientos. Bien dijo después Silvio Villegas:

70 La crisis del liberalismo es muy bien descrita por el historiador marxista Eric HOBSBAWM, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1998, págs. 117-119: «Sin duda las instituciones de la democracia liberal habían progresado en la esfera política y parecía que el estallido de la barbarie en 1914-1918 había servido para acelerar ese progreso. Excepto en la Rusia soviética, todos los regímenes de la posguerra, viejos y nuevos, eran regímenes parlamentarios representativos, incluso el de Turquía. [...] Considerando el mundo en su conjunto, en 1920 había treinta y cinco o más gobiernos constitucionales y elegidos (según como se califique a algunas repúblicas latinoamericanas), en 1938, diecisiete, y en 1944, aproximadamente una docena. La tendencia mundial era clara. [...] El peligro procedía exclusivamente de la derecha, una derecha que no sólo era una amenaza para el gobierno constitucional y representativo, sino una amenaza ideológica para la civilización liberal como tal, y un movimiento de posible alcance mundial, para el cual la etiqueta de "fascismo", aunque adecuada, resulta insuficiente. Es insuficiente porque no todas las fuerzas que derrocaron regímenes liberales eran fascistas».

71 Sobre el concepto de López Pumarejo de «Revolución» como subordinado a la noción de «evolución» y la idea de «revolución dentro del orden», cfr. David JIMÉNEZ PANESSO, «Revolución: imágenes, ideas, relatos», en Rubén SIERRA MEJÍA (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, págs. 391-401.

«Del conservatismo sí que puede decirse que fue un gigante vencido por la economía política»[72].

Desde la llegada de Enrique Olaya Herrera (1930-1934) había comenzado a reactivarse una violencia bipartidista en las regiones en torno a las elecciones y a los nuevos gobernadores y alcaldes, proceso que fue opacado parcialmente por el conflicto internacional con el Perú en el Amazonas (1932-1933)[73]. Sin embargo, los actos de violencia se reavivaban al iniciar la presidencia de López Pumarejo con el agravante de que la policía liberal (o gobiernista) reprimía las manifestaciones conservadoras haciendo insegura y sin garantías cualquier actividad electoral (sin contar con las venganzas que por propia mano realizaban los grupos conservadores)[74].

Ante esta situación caótica y la inminente serie de reformas secularizadoras de la educación y de la práctica religiosa sumadas al plan de reforma agraria que López Pumarejo proyectaba en el Congreso, la Convención Nacional de Directorios conservadores llegaba al difícil consenso de proclamar la abstención electoral absoluta el 9 de abril de 1935, en un intento más bien desesperado por presionar al gobierno y esperar que, sin la presencia de los conservadores en el parlamento y en las corporaciones públicas, las divisiones internas del liberalismo y de sus incómodos aliados terminaran por minar sus propósitos revolucionarios[75]. La idea de la abstención fue defendida con vehemencia por Laureano Gómez después de su regreso de Europa en 1932, fin para el que había escrito varios ensayos contra los principales dictadores existentes en Europa (reunidos luego en *El Cuadrilátero*), específicamente

72 Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., pág. 84.

73 Mario LATORRE RUEDA, «1930-1934. Olaya Herrera: un nuevo régimen», en *Nueva Historia...*, cit., tomo I, págs. 287-291, el autor califica el conflicto de guerra civil: «Es una guerra civil y religiosa. De un lado los liberales con la policía en un bando, y los conservadores con los curas en el otro. A pocos meses se convertirá en una guerra de partidas y de bandoleros». Cfr. James D. HENDERSON, *La modernización...*, cit., pág. 301.

74 Sobre la policía liberal y la represión, HENDERSON, *La modernización...*, cit., pág. 341, y César Augusto AYALA DIAGO, *El porvenir del pasado...*, cit., págs. 173-176.

75 Cfr. César Augusto AYALA DIAGO, *El porvenir del pasado...*, cit., págs. 157-158.

contra Stalin, Hitler y Mussolini, que contrastaba con la resistencia civil de Mahatma Gandhi. En opinión de Gómez, el líder hindú era capaz de vencer la fuerza del colonialismo británico por la «acerada dureza de su voluntad» y el «poder de su espíritu»[76].

Para los Leopardos como Augusto Ramírez Moreno y Silvio Villegas, en cambio, pertenecientes desde la década de 1920 a la nueva escuela contrarrevolucionaria maurrasiana y en quienes se hace evidente su franca simpatía con los métodos de lucha fascistas desde por lo menos 1932, la posición del laureanismo era una táctica equivocada y manifestaron sus reservas[77]; lo cierto es que inicialmente se acogió y se practicó la abstención con la sola excepción de las elecciones para concejos municipales[78]. Sin embargo, contando el presidente López con un congreso liberal que incluía elementos izquierdistas, a la altura de 1936 la Revolución en Marcha se adelantaba al conservadurismo aprobando la ley 200 de 1936 para hacer una reforma agraria a la medida del nuevo liberalismo y, sobre todo, se aprobaba la reforma constitucional de 1936 que golpeaba duramente los principios católicos tradicionales que guardaba la carta de 1886, donde la impronta de Miguel Antonio Caro respecto a la educación y el papel de la Iglesia se veía totalmente reformada[79].

[76] Cfr. HENDERSON, *La modernización...*, cit., págs. 292-294.

[77] Cfr. Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., pág. 244.

[78] Cfr. James D. HENDERSON, *La modernización...*, cit., pág. 345, y César Augusto AYALA DIAGO, *El porvenir del pasado...*, cit., pág. 162. La sede del periódico manizalita *La Patria*, dirigido por Silvio Villegas, fue quemado en una de estas jornadas, cfr. En 1935, durante unas elecciones para concejales, la turba destruyó nuevamente las instalaciones de «La Patria». Silvio Villegas, su director, la sacó a los dos días en los talleres de «La Voz de Caldas», y publicó un célebre editorial titulado: «Aquí estamos analfabetas, destructores de imprentas». Antonio CACUA PRADA, *Historia del periodismo colombiano*, Santafé de Bogotá, Sua, 1983, pág. 376.

[79] Aunque el liberalismo lopista lideró la reforma constitucional y agraria, uno de sus aciertos políticos fue el de integrar diferentes sectores de la izquierda. Por ejemplo, respecto a la reforma agraria, dirigentes del Partido Comunista aconsejaron a sus miembros que se unieran a los elementos «burgueses progresistas» en la lucha mundial contra el fascismo, quienes obedecieron y se convirtieron en seguidores de López Pumarejo. A su vez, sectores socialistas como los representados por Gerardo Molina advirtieron en la cuestión religiosa un punto de con-

La política de secularización era clara, en especial frente a la reforma de los anteriores artículos constitucionales 38-41 que estipulaban: el catolicismo como la religión de la nación, la tolerancia de manera restringida de los otros cultos y la educación pública organizada y dirigida en concordancia con la Iglesia y sin ser obligatoria; los artículos nuevos en este aspecto fueron el 13 y el 14. El 13 decía: «El Estado garantiza la libertad de conciencia. [...] Se garantiza la libertad de todos los cultos, que no sean contrarios a la moral cristiana ni a las leyes». Y «14. Se garantiza la libertad de enseñanza. El Estado tendrá, sin embargo, la suprema inspección y vigilancia de los institutos docentes, públicos y privados [...]. La enseñanza primaria será gratuita en las escuelas del Estado, y obligatoria en el grado que señale la ley». También se abandonaba la idea cristiana de beneficencia por la más secular y estatalizada del artículo 16: «La asistencia pública es función del Estado»[80]. Aunque la constitución de 1886 era confesional, daba libertad a la familia como cuerpo intermedio para decidir sobre la educación de sus miembros; con el intervencionismo estatal de 1936, en cambio, se pretendía obligar a los individuos a recibir una educación sin la participación de la Iglesia y vigilada únicamente por el Estado. Por otra parte, cabe recordar que los legisladores liberales estaban influidos por la constitución mexicana de 1917 y la republicana española de 1931[81].

En este contexto, el 1° de febrero de 1936 Laureano Gómez y José de la Vega fundan el periódico *El Siglo,* una de cuyas primeras campañas buscó confrontar los debates que se dieron en torno a la reforma constitucional emprendida por el liberalismo, al tiempo que realizaba acciones de contrapropaganda contra las facciones conservadoras que cuestionaban la efectividad de la táctica de la

vergencia con la reforma constitucional, pues en su concepto: «Las enseñanzas católicas ofrecían un terreno fértil para el crecimiento de doctrinas "fascistoides" en las instituciones». Cfr. HENDERSON, *La modernización...*, cit., págs. 325-326 y 342-343.

80 Acto Legislativo 01 de 22 de agosto de 1936, *Diario Oficial*, año LXXII, núm. 23263, pág. 5. y cfr. James D. HENDERSON, *La modernización...*, cit., pág. 340.

81 Álvaro TIRADO MEJÍA, «La economía y lo social en la reforma constitucional de 1936», *Lecturas de Economía* (Medellín), núm. 21 (2011), págs. 81-98.

abstención, que cada vez aparecía para los sectores de extrema derecha como un estruendoso fracaso. En 1937 estalló con fuerza la controversia entre los Leopardos y Laureano Gómez en medio de la polémica por la política de abstención del Partido Conservador: aunque —como se dijo— inicialmente los Leopardos, ante el panorama de inestabilidad y violencia electorales, se acogieron a la política abstencionista, luego de casi dos años la juzgaron como una pasividad peligrosa para la colectividad, tras observar que en los comicios municipales los conservadores mantenían sus plazas[82]. Así, las condiciones de inseguridad exigían una renovación del conservadurismo con medios modernos para hacer política, pues las mayorías en Colombia, de naturaleza rural y aldeana, se veían oprimidas por una «demagogia urbana» creciente[83]. La nueva lucha demandaba tomar las calles, crear equipos de choque similares a los de comunistas y anarquistas para boicotear mítines de los adversarios y crear nuevas formas de presión pública en las ciudades[84]. En esta etapa ya no se oponía al obrero y al campesino sino que «el deber de las derechas colombianas es no colocar nunca al obrero y al campesino en un conflicto entre sus ideas y sus intereses.»[85]

En contraste, Laureano Gómez defendía el carácter civil y antidictatorial de la tradición democrática colombiana. El miedo li-

82 Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., págs. 212 y 219: «La abstención fue para el conservatismo, tan sólo, un periodo de vacaciones políticas, en vez de serlo de organización continua, de alta y severa disciplina».

83 *Ibid.*, pág. 216: «La iniquidad perentoria del régimen ha venido creando una *sensibilidad de derechas* en el partido conservador. Las masas desencantadas de las actividades democráticas terminarán por buscar en los métodos fascistas la reivindicación de los derechos conculcados». Cursiva agregada.

84 *Ibid.*, págs. 215-216: «Hay que darles incremento a los equipos de ataque de los partidos conservadores, para romper el más fuerte y poderoso silogismo de las izquierdas: el terror en las calles, en los talleres, en las salas donde se celebran los mítines».

85 *Ibíd.*, pág. 199. Contrasta con la oposición mantenida por Nicolás GÓMEZ DÁVILA, *Sucesivos escolios a un texto implícito*, Barcelona, Altera, 2002, pág. 133: «El artesano es un organismo; el obrero industrial, un órgano. El uno es persona concreta; el otro, individuo trunco». Mientras S. Villegas *No hay enemigos a la derecha...*, cit., pág. 2119, en esta etapa plantea: «No somos reaccionarios sino contra-revolucionarios».

beral pero también conservador, encarnado ahora en Laureano, a los métodos de lucha bolcheviques y jacobinos se trasladaba a las acciones de los jóvenes derechistas conservadores encantados por el embrujo fascista[86]. Aunque está difundido el mito historiográfico de Laureano como un convencido fascista o hitleriano (que es más bien una creación de sus mismos adversarios liberales, heredada luego por algunos historiadores[87]), y a pesar de su propia evolución ideológica pro-franquista y sus afinidades geopolíticas opuestas a la hegemonía de EE. UU., ninguna de sus ideas de base fue de naturaleza fascista o nazi realmente[88]. Fueron sus posiciones antiyanquis y antiliberales las que le granjearon, por obra de los propagandistas de la época, esta acusación.

Las tensiones entre estas facciones del conservatismo resultarían en una pugna por el control institucional del partido que llevarían a Gilberto Alzate Avendaño (1910-1960), un joven simpatizante de los Leopardos, al control de la secretaría general del partido en 1937, en una tentativa de modificación de la política abstencionista; en paralelo, en una columna en *El Siglo*, Laureano calificaba de «una claudicación inexplicable» estas intenciones y criticaba ferozmente el intento de los jóvenes derechistas de hacerse con cupos en el Consejo Electoral ofrecido por el gobierno liberal utilizando para ello el control del Directorio Nacional Conservador[89]. La prensa dominada por las facciones contrarias

86 Laureano GÓMEZ, «Bolchevismo de izquierda y de derecha», *El Siglo* (Santafé de Bogotá), 15 de agosto de 1937, pág. 4, citado en César Augusto AYALA DIAGO, *El porvenir del pasado...*, cit., pág. 275. Según James D. HENDERSON, *Las ideas de Laureano*, cit., pág. 133: «Gómez se refería a los nazis de Hitler como a "bolcheviques de la derecha" y, en 1935, juzgaba al Führer y lo consideraba un criminal».

87 Cfr. HENDERSON, *La modernización...*, cit., págs. 292-294 y 390, nota 128; David BUSHNELL, *Ensayos de historia política de Colombia, siglos XIX y XX*, cit., págs. 175-180.

88 Sobre las diferencias entre regímenes autoritarios y regímenes fascistas en una visión historiográfica crítica de las categorías históricas marxistas, cfr. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, «La historia de las derechas a la luz del revisionismo histórico», *Memoria y Civilización* (Pamplona), núm. 13 (2010), págs. 77-98.

89 Durante la convención de febrero de 1937, algunos de los leopardos o nacionalistas fueron elegidos como parte del Directorio Nacional Conservador (DNC),

al abstencionismo conservador y que tenía presencia en provincias, esto es, *El Colombiano, Diario del Pacífico* y *La Patria*[90], acordó la postulación de sus directores para sentarse en el Consejo Electoral. Las presiones fueron en aumento durante la Convención Conservadora de julio de 1937 durante la cual Laureano buscó, por distintos medios velados, la jefatura única del partido que, finalmente, se concretó con la marginación y práctica expulsión de la facción leoparda y derechista. Poco después, aunque con discordias dentro de estas derechas, la unión de los disidentes se consiguió mediante un programa ideológico centrado en la defensa de la religión católica, el nacionalismo y un programa de reforma social que sirvió para la convocatoria de una Convención de las derechas. El 27 de julio de 1937, esta Convención culminó con el nombramiento de Gilberto Alzate Avendaño como jefe supremo de las derechas colombianas, aglutinadas bajo la denominación de la Acción Nacionalista Popular (ANP) y con un acentuado culto bolivariano[91].

Aun con el gandhismo laureanista, la actitud de los conservadores respecto de la Guerra Civil Española constituía una de sus grandes posiciones contrarrevolucionarias comunes. Esta guerra representaba un conflicto religioso que desató una de las mayores persecuciones y matanzas de eclesiásticos del siglo XX, ya precedida por las matanzas de los cristeros mexicanos que eran bien conocidas[92]. Esta postura se ve reflejada, por ejemplo, en la con-

compartiendo la dirección del Partido con Laureano Gómez. Cfr. César Augusto AYALA DIAGO, *El porvenir del pasado...*, cit., pág. 239.

90 Dirigidos por Fernando Gómez Martínez (Medellín), Primitivo Crespo (Cali) y Silvio Villegas (Manizales), respectivamente.

91 Cfr. César Augusto AYALA DIAGO, *El porvenir del pasado...*, cit., págs. 285-297, y Medófilo MEDINA, «Los terceros partidos en Colombia, 1900-1967», en *Nueva Historia...*, cit., tomo II, págs. 288-290. Su antecesora antes de la ruptura con la oficialidad del Partido Conservador era la Acción Nacional Derechista (AND).

92 Sobre la magnitud de los asesinatos cometidos a eclesiásticos durante la Guerra Civil Española, «de los 6.832 muertos, 4.184 pertenecen al clero secular, incluidos doce obispos y un administrador apostólico; y los seminaristas, 2.365 son religiosos y 283 religiosas. No es posible ofrecer ni siquiera cifras aproximadas del número de seglares católicos asesinados por motivos religiosos, porque no

frontación que Silvio Villegas mantuvo con el laureanista Aquilino Villegas (para quien sí había enemigos a la derecha), al llamarlo a adoptar una postura coherente frente a los recelos que profesaba contra los jóvenes derechistas colombianos por sus ideas favorables a la dictadura, mientras apoyaba incondicionalmente al bando nacional sublevado español con más vehemencia aún después de conocidos los ataques indiscriminados a los católicos por parte de los milicianos frentepopulistas de distinto cuño (socialistas, anarquistas y comunistas)[93].

Cuando estalló la guerra en España, la administración de turno era la de López Pumarejo, seguida luego por la de Eduardo Santos, ambas favorables junto con sus mayorías liberales a la II República Española, aun cuando existieron voces disidentes de algunos liberales desconfiados de las alianzas con las izquierdas radicales[94]. El recurso a las analogías entre la situación de violencia en Colombia y la contienda civil en España era recurrente: las coaliciones del liberalismo colombiano con las izquierdas y el descontrol que este mismo tipo de alianzas había acarreado al orden político español solían ser objeto de comparación, incluso las facciones derechistas manifestaban que la oposición parlamentaria conservadora en España había sido perseguida, demostrando así la inutilidad de las instituciones liberales[95]. Estos alegatos se vieron reforzados

existen estadísticas fiables, pero fueron probablemente varios millares». Vicente CÁRCEL ORTÍ, *Mártires españoles del siglo XX*, Madrid, BAC, 1995, pág. 74, y cfr. Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)*, Madrid, Madrid, 1961, pág. 762.

93 Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., págs. 246-255. Aquilino Villegas redactaba el periódico *La Defensa*, desde donde atacaba a los derechistas. También le había pedido a Silvio Villegas que expulsara de las páginas de *La Patria* a los jóvenes derechistas a costa de no participar más en el periódico, Silvio se niega y ahí es cuando crea por vez primera el editorial «No hay enemigos a la derecha», *La Patria* (Manizales),10 diciembre de 1936.

94 Los principales periódicos liberales eran, en la izquierda lopista *El Liberal,* en el centro santista *El Tiempo* y en la derecha *La Razón*, estos últimos abiertamente anticomunistas.

95 Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., págs. 249-250: «España es otro ejemplo que no podemos olvidar. Esos partidos de derecha trataron de actuar allí civilmente; fueron a las elecciones, concurrieron al parlamento. Pero el comunismo continuó haciendo medrosos avances. Donde fracasaron Maura,

con las noticias del asesinato de siete seminaristas colombianos en Barcelona, cuyo manejo diplomático desde Bogotá fue deplorable[96]. El mismo embajador liberal, Carlos Uribe Echeverri, se vio muy limitado desde Bogotá (donde se trató de ocultar lo ocurrido) e intentó ayudar con sus propios medios a varios perseguidos. A su regreso al país, manifestó su oposición a la II República y predijo tempranamente la victoria del bando nacional[97].

Con la evolución del conflicto civil español y la masacre de Gachetá, perpetrada por la policía liberal sobre una movilización conservadora el 8 de enero de 1939, la posición radical de resistencia civil de corte gandhista de Laureano Gómez dio un viraje extremo ante las presiones del directorio de Cundinamarca: sorpresivamente, Gómez llamó a una «defensa legítima» (una especie de violencia preventiva), como nueva política ante el clima de inseguridad electoral, cuya continuidad la facción derechista leoparda había augurado como efecto del fracaso de la práctica abstencionista[98]. Poco después, sería el propio Silvio Villegas quien criticara al caudillo conservador por el llamado de éste a una violencia sin organización que sólo condenaba al conservatismo nuevamente al fracaso[99].

Gil Robles, Cambó, empieza a triunfar el general Franco, cuyo primer acto al tomar posesión del gobierno en Burgos fue proclamar el Estado corporativo y, provisionalmente, la dictadura militar. Todos los elementos civiles de la derecha se sometieron al jefe de los legionarios de Marruecos, convencidos de que ya nada había que hacer. Y es el propio doctor [Aquilino] Villegas, quien saluda en los rebeldes a los restauradores de la Hispanidad».

96 Para ampliar el asunto de la matanza de los siete seminaristas colombianos mártires, cfr. Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución...*, cit., págs. 227-228, y Vicente CÁRCEL ORTI, *Mártires españoles...*, cit., págs. 275-278 y 336-340.

97 Cfr. David BUSHNELL, *Ensayos de historia política de Colombia...*, cit., págs. 160-168.

98 La interpretación laureanista de la «legítima defensa» fue rechazada por el arzobispo Perdomo cuando un conservador disidente consultó al alto prelado sobre el asunto. Cfr. Germán ARCINIEGAS, «Eduardo Santos», en *Nueva historia...*, cit., tomo I, págs. 361-363. Cfr. HENDERSON, *La modernización...*, cit., págs. 393.

99 Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos a la derecha...*, cit., pág. 213: «Entre los conductores responsables de la nación ninguno es tan aficionado como él [Gómez] a

La era de la presidencia de Eduardo Santos (1938-1942) y su apoyo incondicional a los intereses estadounidenses, inició un nuevo ciclo de acontecimientos que nos permiten hacer un balance final de la evolución ideológica del conflicto interno entre el laureanismo y los leopardos bajo la tremenda presión de un contexto internacional de crisis sistemática del liberalismo. A pesar de todas sus diferencias, ambas facciones tuvieron en común el rechazo al intervencionismo económico de EE. UU. y sus pretensiones de hegemonía política hemisférica mediante la corriente diplomática panamericanista y la política del «Buen Vecino», a diferencia de la gran mayoría liberal que desde el siglo XIX tendía a considerar a EE. UU. como aliado natural y de un sector conservador moderado que desde Suaréz (y su *Respice polum*) había convertido su amistad económica en simpatía política con la Estrella del Norte[100].

El antiliberalismo de Laureano y de los Leopardos se vio muy reforzado en la década de los años treinta. Todavía aquí, para la mentalidad católica tradicional, el liberalismo era tan subversivo como el comunismo, en tanto el primero había iniciado el ataque contra su concepción del derecho natural, en palabras de Laureano: «Esa es la quiebra del liberalismo, su fracaso definitivo, completo, su derrota total. Quiso romper las estructuras básicas de la cultura cristiana, conservando los valores de la libertad, la igualdad

la violencia verbal. Yo no condeno la violencia. Al contrario, creo que es el único camino que nos queda en ciertos departamentos, ante la insensibilidad moral del régimen. Lo que es una equivocación es provocar reacciones que uno no está en condiciones de resistir».

100 Cfr. Daniel Gutiérrez Ardila, «Los Estados Unidos como aliado natural y como aliado peligroso de la Nueva Granada (1810-1865)», *Revista Co-herencia* (Medellín), vol. 13, núm. 25 (2016), págs. 231-260. A diferencia del optimismo liberal respecto a EE. UU. y su doctrina Monroe, los conservadores de mediados del siglo XIX (antes del arielismo) manifestaban un antiliberalismo adverso a EE. UU., cuya mayor expresión son las precauciones del ministro y diplomático mexicano Lucas Alamán. Cfr. Pablo Mijangos y González, «El pensamiento religioso de Lucas Alamán», *Estudios: Filosofía, Historia y Letras* (Ciudad de México), núm. 68 (2004), págs. 55-78. José Vasconcelos se identificó como el «segundo Alamán», los argumentos geopolíticos de Vasconcelos fueron utilizados por Laureano Gómez contra la política exterior del gobierno Santos en su discurso «Conflicto de dos culturas» (1940).

y el amor, deducidas ahora de premisas simplemente racionalistas y naturalistas. Mas no pudo engendrar sino el capitalismo»[101]. Ambos líderes conservadores insistían, contra el liberalismo y el comunismo, en la búsqueda de alternativas sociales y económicas mediante la restauración católica de las sociedades intermedias (especialmente la familia y el municipio) por encima del Estado total y del individuo abstracto: todos citan e intentan integrar sinceramente la doctrina social pontificia[102].

En Laureano es más visible la preocupación de mezclar su filosofía católica, aprendida de los jesuitas del San Bartolomé, con una política conservadora sumida en la ambigüedad de mantenerse fiel a las instituciones del gobierno representativo ante la amenaza proveniente de ambos extremos de la derecha y la izquierda: la bancarrota del liberalismo era celebrada, pero sus alternativas comunista y fascista con su particular y violento uso cesarista de la democracia eran peligrosas. También hay que reconocer que Silvio Villegas, a pesar de sus excesos retóricos de sobrevaloración de las tácticas fascistas de lucha, no era ajeno a la impronta católica tradicional presente en su insistencia en la descentralización y el municipalismo: su primera formación maurrasiana y su herencia teológico-política mantienen la huella católica cariana que le ligaba a ese viejo espíritu antiliberal anterior a la dictadura fascista italiana, pues todavía buscaba apoyar sus conceptos políticos en instituciones pre-estatales como la familia natural y el municipio[103]. A Gómez y Villegas los une su sincera preocupación por la secularización de la sociedad colombiana y ven que el utilitarismo liberal sigue dirigiendo a las fuerzas revolucionarias socialistas contra el mismo enemigo común: la tradición católica que aún no acepta de base en su derecho natural y divino el racionalismo inmanentista

101 Laureano GÓMEZ, «Bancarrota del liberalismo» (1938), en *Obras selectas*, Santafé de Bogotá, Cámara de Representantes, 1981, tomo I, pág. 819.

102 Los documentos de doctrina pontificia citados son las encíclicas: *Quadragesimo anno* (1931) y *Divini Redemptoris* (1937), esta última contra el ateísmo comunista y sus consecuencias sociales y políticas. Cfr. Silvio VILLEGAS, *No hay enemigos...*, cit., págs. 197-200.

103 *Ibid.*, págs. 149-161.

de los derechos del hombre y el ciudadano, ni en su versión liberal ni en versión jacobina (no hay 1917 sin 1789-93)[104].

La disputa conservadora con la «desviación derechista»[105], como la llamaba Laureano, ha sido considerada por el historiador Cesar Augusto Ayala como «la más grande crisis del conservatismo en lo corrido del siglo». Y en efecto lo fue, sobre todo porque pareció que después de las contrarrevoluciones legitimistas europeas y las guerras civiles desatadas por el ascenso del liberalismo en ambos hemisferios —cuyo ciclo terminó en 1876 con el fin de la tercera guerra carlista, tras la pérdida de Roma por el Papado— se abría un nuevo ciclo contrarrevolucionario antiliberal entre 1922 y 1945, con una geopolítica autónoma o tercera fuerza (heterogénea y por eso mismo muerta por sus mismas contradicciones internas) alternativa a la geopolítica talasocrática británica y estadounidense (el liberalismo francés estaba tan devastado por dentro que sería el primero en caer si descontamos al español), lo cual era válido también para el comunismo ruso a pesar de su breve alianza (1941-1945) con el mundo liberal, talasocrático y capitalista[106].

104 *Ibid.*, pág. 202: «Llamo movimientos de derechas a todos los que aceptan una base idealista, espiritual o religiosa, a los que creen en un orden moral que supera y gobierna el orden político. La izquierda es la negación de esta jerarquía de valores sobrepuestos, causa y origen de todos los errores sociales y políticos». Por su parte, Laureano GÓMEZ, «La opresión del mundo moderno» (1938), *Obras selectas*, cit., tomo I, pág. 808: «El movimiento racionalista quiso demostrar la posibilidad del reinado de la razón sobre la naturaleza, con total olvido del dominio de lo sobrenatural sobre la razón».

105 Es interesante que, para el léxico político de Miguel Antonio Caro a la altura de 1860-1870, el binomio izquierda-derecha está totalmente ausente, y encontramos una referencia suya tardía (1899) contra el liberal Rafael Uribe Uribe al que califica de «extrema izquierda». Resulta sintomático que esto sea en época del affaire Dreyfus, cfr. *El Orden* (Santafé de Bogotá), año XII, núm. 628, 22 de febrero de 1899, págs. 2-3.

106 Sobre una geopolítica alternativa al atlantismo anglosajón, cfr. Franco SAVARINO ROGGERO, «En busca de un "eje" latino: la política latinoamericana de Italia entre las dos guerras mundiales», *Anuario del Centro de Estudios Históricos «Prof. Carlos S. A. Segreti»* (Córdoba de Tucumán), vol. 6, núm. 16 (2006), págs. 239-262. También sobre la estrategia estadounidense para establecer un espacio hegemónico en Colombia, cfr. Ricardo ESQUIVEL TRIANA, «Colombia entre guerras (1919-1939)», *Revista Científica General José María Córdova* (Santafé de Bogotá), vol. 11, núm. 12 (2013), págs. 247-266.

La tragedia de los Leopardos y de los jóvenes derechistas fue que, siendo Laureano Gómez el mayor caudillo del conservadurismo, no encarnó —a pesar de sus ideales bolivarianos comunes— sus ideales radicales sino que les apartó sin lograr un verdadero aprovechamiento mutuo entre generaciones, cosa muy distinta a lo logrado por el también centenarista López Pumarejo que puso de su lado a los jóvenes izquierdistas (Los Nuevos), como Alberto Lleras Camargo, para la consecución de su Revolución en Marcha[107]. La disidencia derechista de la ANP como tercer partido no fructificó a nivel electoral y la táctica de combate fascista sin la existencia de militares revanchistas y desempleados, como sí ocurrió en el caso de la Europa de entreguerras, fueron algunos de los elementos que no permitieron su perpetuación. Muchos de los Leopardos y Alzate incluido tuvieron que volver, poco a poco, a la disciplina del Partido Conservador[108]. Finalmente, la tensión entre las tácticas políticas (conservadora parlamentaria o cesarista antiparlamentaria) y los principios católicos es algo que bajo las evoluciones políticas de la Guerra Fría (1947-1991) pondrá acaso más a prueba a la parte católica de la ecuación, como veremos a continuación.

107 A juicio del historiador César Augusto AYALA, *El porvenir del pasado...*, cit., pág. 282: «Laureano, lo hemos dicho, a diferencia de López Pumarejo, en poca estima tenía a los jóvenes conservadores [...]. A nuestra manera de ver, este será el mayor yerro de Gómez como político, y en esto el liberalismo era mucho más audaz [...]. Otro detalle interesante es que mientras López buscaba aliados en su propio partido, Gómez convertía a sus copartidarios en enemigos».

108 Según Eric HOBSBAWM, *Historia del siglo XX...*, cit., pág. 131: «El 57 por 100 de los fascistas italianos de primera hora eran veteranos de guerra». Y también Medófilo Medina, *Nueva historia...*, cit., tomo II, pág. 289: «Los resultados electorales no guardaron relación con la desbordante actividad de los caudillos falangistas, aunque los 12.666 votos que obtuvieron en las elecciones para la Cámara permitieron a la Acción Nacionalista Popular conquistar una curul para su dirigente máximo, Silvio Villegas. Indudablemente había operado la maquinaria del partido conservador. Al poco tiempo de esa experiencia electoral, los falangistas comenzaron el retorno al conservatismo, presididos por su jefe. Unos pocos dirigidos por Gilberto Alzate Avendaño persistieron en el empeño de mantener el partido fascista. En efecto, Alzate Avendaño había comenzado la tarea de organizar el partido falangista desde 1933». Cfr. César Augusto AYALA DIAGO, *El porvenir del pasado...*, cit., págs. 465-467.

4. EL OCASO DEL ANTILIBERALISMO DENTRO DEL CONSERVADURISMO (1957-1974): ENTRE EL FRENTE NACIONAL Y EL VATICANO II

La llamada época de la violencia bipartidista (1948-1957) —que, como hemos visto ya, tenía amplios antecedentes— se desarrolla cuando el liberalismo elitista se ve absorbido por la propuesta liberal nacionalista y populista de Jorge Eliécer Gaitán, caudillo que había pasado de militar en el proselitismo rural en la década de los 30 a la movilización de las masas urbanas. A pesar de la oposición interna de los jefes tradicionales de su partido, logró hacerse (con el intimidante apoyo de sus copartidarios) candidato presidencial para las elecciones de 1946, pero el liberal Gabriel Turbay no renunció a su candidatura y el liberalismo termina dividido ante el candidato conservador moderado Mariano Ospina Pérez, quien resulta ganador (división tripartita de candidatos muy similar a la derrota conservadora de 1930). Laureano, a pesar de las divisiones internas y de las luchas regionales (Ospina representaba los intereses antioqueños) que le separaban del ospinismo, decidió apoyarlo astutamente para impedir que una candidatura suya uniera a los liberales al tiempo que convergía con Gaitán en el ataque a la cúpula elitista liberal.

En los comicios parlamentarios, Gaitán venció al sector de Eduardo Santos, lo que obligó a éste a partir molesto del país. El liberalismo había sido vencido en el propio juego democrático que decía encarnar cultural y políticamente. Pero esta situación de grandes cambios políticos de nueva crisis del liberalismo frente a la democracia acabó con el magnicidio de Gaitán el 9 de abril de 1948, que inmediatamente puso en rebelión a las masas gaitanistas. Este episodio, conocido como el Bogotazo, prendería la chispa del conflicto entre liberales y conservadores. Lo que quedaba de la presidencia de Ospina estaría marcada por la guerra fratricida, con el nuevo elemento de las guerrillas liberales. Poco después, en una contienda electoral marcada por la abstención liberal, ascendería a la presidencia Laureano Gómez.

El 13 de junio de 1953, un par de días antes de la instalación oficial de la Asamblea Constituyente que había convocado el entonces presidente Laureano Gómez[109], el general Gustavo Rojas Pinilla, apoyado en sectores alzatistas y ospinistas dio un golpe de Estado[110]. La Asamblea continuó sesionando a pesar del exilio en España del presidente destituido y, en agosto de 1954, expurgada en buena medida de los laureanistas que se mantuvieron fieles a su derrocado caudillo, prorrogó el mandato de Rojas Pinilla hasta 1958. El general se sintió entonces animado a recurrir a tácticas populistas y anticomunistas, para lo cual buscó asesoría de otros sectores socialistas[111], camino por el cual inició su distanciamiento con los ospinistas en un intento de movilización de masas al estilo de Jorge Eliécer Gaitán que, sin embargo, no tuvo el efecto esperado. Con todo, la Asamblea aprobó una reforma que permitió la participación política de la mujer, cuyo ejercicio se materializaría, por vez primera, el 1 de diciembre de 1957 en el plebiscito que decidiría el futuro del país durante 16 años: el Frente Nacional.

Pactado por líderes de ambos partidos, el Frente Nacional consistió en una serie de reglas constitucionales milimétricamente trazadas para crear una coalición bipartidista que obligara a liberales y conservadores a compartir todos los cargos del Estado y a la alternancia en la presidencia[112]. Los acercamientos para este pacto vendrían de las dos cabezas del bipartidismo opuestas a la dictadura de Rojas Pinilla: Laureano Gómez y Alberto Lleras. Este último, promotor del panamericanismo y habiendo ejercido como

109 Sobre lo acontecido en la presidencia de Laureano Gómez, incluyendo los aspectos antiliberales y corporativistas de su fallida reforma constitucional de 1953, cfr. HENDERSON, *La modernización...*, cit., págs. 510-533, y «El proyecto de reforma constitucional conservadora de 1953», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Santafé de Bogotá), núm. 13-14 (1986), págs. 261-279.

110 Frank SAFFORD y Marco PALACIOS, *Historia de Colombia...*, cit., pág. 464.

111 *Ibid.*, pág. 466. Cfr. HENDERSON, *La modernización...*, cit., pág. 540.

112 David BUSHNELL, *Colombia una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*, Santafé de Bogotá, Editorial Planeta Colombiana, 2014, pág. 318.

secretario general de la Organización de Estados Americanos[113], sería el primer presidente del Frente Nacional. La figura de Lleras Camargo y su inauguración del Frente Nacional no es baladí, pues constituye un hito en el nuevo periodo político bipartidista que, como se verá, contrasta fuertemente con las tendencias conservadoras más descollantes de épocas anteriores en relación con sus alineaciones geopolíticas, la influencia del Magisterio Pontificio y sus manifestaciones culturales.

En primer lugar, la nueva realidad geopolítica marcada por el resultado de la II Guerra Mundial que catapultó a los Estados Unidos a la hegemonía mundial condujo a Colombia, de la mano de importantes figuras liberales, a una alineación encuadrada en el fortalecimiento de las relaciones panamericanas, capitaneada notoriamente por el Estado colombiano. Antes de su gobierno (1958-1962), Alberto Lleras ya conocía de cerca los movimientos hemisféricos y su destacada participación le había granjeado a Colombia una posición de alianza aventajada con EE. UU. Es precisamente durante su presidencia cuando se forja, con Kennedy, la Alianza para el Progreso, un programa de acción dirigido a «apoyar la democracia, el desarrollo, la educación, a fortalecer los gobiernos y a las élites progresistas de la región en el combate contra el atraso»[114].

En este contexto, la colaboración bilateral se vio fuertemente perfilada hacia la financiación norteamericana de políticas culturales francamente secularizantes de la sociedad colombiana. El mismo Lleras Camargo llevó a cabo una campaña de opinión favorable a las políticas de planificación familiar y control demográfico, defendida en la Asamblea Panamericana de Población reunida en Santiago de Cali en agosto de 1965[115], continuada con un lenguaje compartido aunque más moderado por el gobierno del

113 Carlos CABALLERO ARGÁEZ y Diego PIZANO SALAZAR, *Sin límite. Conversaciones con Belisario Betancur*, Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 2019, pág. 69.

114 Álvaro TIRADO MEJÍA, *Los años sesenta, una revolución en la cultura*, Santafé de Bogotá, Debate, 2014, pág. 65.

115 *Ibid.*, págs. 145-146.

conservador Guillermo León Valencia (1962-1966), quien participaba de la nueva «preocupación» por el «crecimiento excesivo de la población» como el problema «más difícil» de Colombia[116]. No sólo el siguiente gobierno de corte liberal de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) acentuó estas políticas con financiación norteamericana a través de AID, el estímulo de instituciones de control demográfico[117] y con su adhesión oficial (única de un presidente hispanoamericano) a la Declaración de Naciones Unidas sobre Población (1966), sino que durante el último gobierno, éste de cuño conservador, Misael Pastrana (1970-1974) encumbraría el tema demográfico y de control de natalidad a programas y planes encabezados desde el reciente instituto de Planeación Nacional[118].

[116] Gonzalo ECHEVERRY, *Contra viento y marea. 25 años de planificación familiar en Colombia*, Santafé de Bogotá, Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1991, pág. 36, citado en Álvaro TIRADO MEJÍA, *Los años sesenta...*, cit., pág. 146.

[117] Que venían incluso desde el gobierno de Valencia con la creación de la División de Estudios de Población (1964) de la Asociación Colombiana de Facultades de Medicina (Ascofame) con apoyo económico de la Fundación Ford, que entre otras tareas se dedicaba, ya tempranamente, a hacer estudios de «epidemiología del aborto». En 1966, se funda una de las instituciones tal vez más representativas en el control de natalidad: Asociación Pro Bienestar de la Familia Colombiana, luego denominada simplemente Profamilia, afiliada desde entonces a la Federación Internacional de Planificación Familiar (IPPF). Cfr. Álvaro TIRADO MEJÍA, *Los años sesenta...*, cit., págs. 146 y 148.

[118] *Ibid.*, pág. 148. Henry Kissinger, siendo secretario de Estado, suscribió el 24 de abril de 1974 el *National Security Study Memorandum 200 (NSSM 200): Implications of Worldwide Population Growth for U.S. Security and Overseas Interests.* En éste, se alertaba que el acceso a materias primas podría verse amenazado por el aumento de población tercermundista, debido a su mayor consumo y a un peligro para el mantenimiento del orden público: «Whatever may be done to guard against interruptions of supply and to develop domestic alternatives, the U.S. economy will require large and increasing amounts of minerals from abroad, especially from less developed countries. That fact gives the U.S. enhanced interest in the political, economic, and social stability of the supplying countries. Wherever a lessening of population pressures through reduced birth rates can increase the prospects for such stability, population policy becomes relevant to resource supplies and to the economic interests of the United States». Cfr. https://pdf.usaid.gov/pdf_docs/PCAAB500.pdf y https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve14p1/d113.

La reacción católica a estas medidas compartidas por el bipartidismo frentenacionalista no se hizo esperar, aunque tuviera más fuerza a veces entre ciertos sectores laicos que entre la misma jerarquía clerical[119]. El tufillo eugenésico del discurso de la denominada «bomba demográfica» y la ilegítima intromisión en la moral sexual de la familia prendieron alarmas entre quienes defendían el Magisterio Pontificio. Cierto es que desde *Pacem in terris* (1963), y especialmente con *Populorum progressio* (1967), la Iglesia utilizaba un lenguaje más bien progresista y ambiguo; sin embargo, la cuestión quedó zanjada en 1968 cuando, contrariando las recomendaciones de la Comisión de Estudios *ad hoc*, Pablo VI promulgó *Humanae vitae,* recordando la importancia de la libertad para la familia y el respeto de la doctrina moral sobre el matrimonio propuesta por el Magisterio de la Iglesia en una memorable condena de los métodos artificiales de control de natalidad. Curiosamente, fue un elemento de la Democracia Cristiana (situada por lo general del lado progresista), Hernán Vergara, la voz más estruendosa y temprana contra las políticas antinatalistas del Frente Nacional, impulsadas luego por Misael Pastrana, quien es considerado como el heredero de la doctrina de la Democracia Cristiana dentro del conservadurismo[120].

119 Juan David GÓMEZ RUBIO, «La democracia cristiana en Colombia», *Fuego y Raya* (Córdoba de Tucumán), núm. 9 (2015), pág. 74. Con todo, en este asunto encontramos la declaración de la *XXIII Conferencia Episcopal Colombiana: Paternidad Responsable y Programas de Planeación Familiar* (1967), en la que el episcopado colombiano se alineaba al episcopado de EE. UU.: «Los obispos de los Estados Unidos, refiriéndose a la política del gobierno de su propio país, escribieron recientemente: "En la vida internacional como en la vida familiar la ayuda financiera no debe acompañarse de presiones en favor de la limitación de los nacimientos [...] deploramos que la ayuda en alimentos o en dinero esté sometida a condiciones, expresas o no, que implican la restricción de los nacimientos. Nuestro país no puede permitirse el imponer sus puntos de vista a los demás, ya se trate de su desarrollo o del número de sus hijos" (*Eccl.*, núm. 1329, pág. 19)».

120 Juan David GÓMEZ RUBIO, «La democracia...», *loc. cit.*, págs. 75 y 77-80. Sobre la diferencia entre los partidos demócrata cristianos y la propuesta del partido católico en la época de M. A. Caro: «Mucho antes de 1930 hubo *partidos católicos* en Latinoamérica, pero no se identificaron a sí mismos como *democrata-cristianos* [...]. En ese tiempo, la mayoría de los partidos católicos apoyaban las

Los acelerados cambios sociales que sufrió el país son correlato de las agitaciones ocurridas con ocasión de las modificaciones introducidas por el Concilio Vaticano II (1962-1965) en la Iglesia y, desde luego, de su explotación por parte de los gobiernos civiles del Frente Nacional: la desestructuración de la familia tradicional con el fomento de un nuevo modelo femenino (asociado a la masiva utilización de métodos anticonceptivos) y su impulso posterior con medidas legislativas como el divorcio y la separación de cuerpos y de bienes incluso en el matrimonio canónico (ley 1 del 19 de enero de 1976); la multitud de interpretaciones suscitadas entre la inclinación más tradicional de cierta parte del clero y la radicalización propia de la teología de la liberación que favoreció un ambiente de posición centrista (y modernista) de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) en Medellín (1968); la masificación de misiones protestantes; la rápida urbanización y hasta el repliegue en la proporción de párrocos por habitante (especialmente en las grandes ciudades), tendrían un efecto secularizador no despreciable[121]. Pero el golpe más fuerte al catolicismo tradicional por el modernismo teológico fue la consagración de la libertad religiosa en contravía del Magisterio Pontificio preconciliar mediante la declaración *Dignitatis humanae* (1965). En su adaptación posconciliar, el conservadurismo consagraría este principio de raíz protestante (tan combatido por Miguel Antonio Caro y su Partido Católico) en su programa político de 1973: «[El conservatismo] Profesa el principio de la *libertad religiosa*, por lo que defiende el que nadie sea molestado por su adhesión a otros credos»[122].

posiciones del papa Pío IX (1846-1871), archiconservador, que era hostil al liberalismo moderno. Algunos partidos católicos del siglo XIX desconfiaban incluso, por principio, de la democracia. Por el contrario, los democratacristianos a partir de la década de 1930 aceptaron la democracia en principio y casi siempre en la práctica, y también aceptaron el liberalismo» (Scott MAINWARING y Timothy R. SCULLY, *La democracia cristiana en América Latina*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2012, pág. 50. Cursiva agregada).

121 Otro efecto fue que «el clero dejó de ser el aliado natural de la derecha» (Frank SAFFORD y Marco PALACIOS, *Historia de Colombia*..., cit., pág. 467-468).

122 Roberto HERRERA SOTO, *Antología*..., cit., pág. 1364. Sobre el origen protestante de la «libertad religiosa» y su diferencia con la tolerancia de cultos, cfr. Juan

El Frente Nacional, hay que decirlo, fue a nivel ideológico una renuncia parcial (pero no menos importante) de la militancia antiliberal del conservadurismo. El laureanismo demostró esta tendencia con la candidatura de un conservador blando como Belisario Betancur en 1962, aunque la contienda fuera ganada por Guillermo León Valencia con el apoyo del ospinismo[123]. El Frente Nacional es descrito por sus opositores, como el Partido Comunista, el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) del liberal izquierdista López Michelsen y por la Alianza Nacional Populista (ANAPO) del general Rojas Pinilla, como un régimen ideológicamente estancado, pero fue en realidad progresista y secularizante. El Frente Nacional creó una especie de neutralización de la teología-política en el campo conservador a cambio de una visión más predominantemente técnica y económica del poder, mientras que el liberalismo aunque jugara al centrismo (no sin disidencias como el MRL) persistiera en sus intentos reformistas por secularizar la sociedad colombiana.

Definitivamente la preocupación más apremiante en la dialéctica comunismo *vs.* capitalismo en la Guerra Fría era la lucha contra las nuevas guerrillas marxistas, como las FARC y el ELN, sobre todo después de la Revolución Cubana (1959), mientras se aplicaba una política eugenésica y de control de la población muy acorde con las formas del intervencionismo estatal y de la economía planificada aceptada por ambos partidos (cuyo pionero había sido López Pumarejo). Dichas políticas son las que curiosamente hoy reivindica la nueva izquierda, que se percibe de manera distorsionada como superadora del capitalismo liberal (que identifica con la «derecha») y se enorgullece de ser anti-imperialista (cuando los orígenes del antinatalismo son a todas luces anglosajones)[124]. Sólo el político conservador Álvaro Gómez Hurtado fue claro en su repudio del malthusianismo demográfico en boga: «Los que

Fernando Segovia, «De la tolerancia a la libertad religiosa. El problema del concepto», *Verbo* (Madrid), núm. 561-562 (2018), págs. 5-59.

123 Henderson, *La modernización...*, cit., pág. 575.

124 Cfr. Antonio Martín Puerta, *La eugenesia ayer y hoy. La biopolítica en la Historia*, Madrid, Dykinson, Madrid, 2017, págs. 49-85 y 189-210.

reducen las soluciones a la problemática colombiana y "tercermundista" al campo del control natal, no están haciendo otra cosa que revaluar el malthusianismo clásico del cual pretenden escapar. El señor Malthus, quien creía que el desarrollo tecnológico del mundo ya estaba logrado, en el siglo XVIII, lo único que hizo fue predecir los métodos trágicos y bárbaros que utilizaría el hombre para racionalizar su crecimiento, si la producción de alimentos no aumentaba. Los partidarios del aborto y de la esterilización no están impidiendo que el malthusianismo se cumpla: lo están implementando»[125]. De hecho, no sólo eran los católicos fieles a *Humanae vitae* junto con los conservadores antiamericanos (o los que todavía desconfiaban de los planes geopolíticos anglosajones para Hispanoamérica), sino también el Partido Comunista (aunque no por razones de derecho natural) los que rechazaron el antinatalismo financiado por EE. UU., cuando uno de sus miembros manifestó: «Estamos de acuerdo, pues, con la *Humanae vitae* en cuanto es una toma de posición contra el imperialismo»[126].

Aunque las administraciones posteriores al Frente Nacional fueron dominadas por los liberales, el siguiente gobierno conservador en la línea temporal, encabezado por Belisario Betancur (1982-1986)[127], mantuvo una política afín a los intereses nortea-

125 Álvaro GÓMEZ HURTADO, «Solidaridad dentro de un orden jerárquico», en Roberto HERRERA SOTO, *Antología...*, cit., págs. 930-931. Contrastan estas ideas de Álvaro Gómez con los pensamientos de Nicolas Gómez Dávila: «El eugenismo horripila a los que temen su veredicto». Y «Los dos problemas cardinales del mundo actual: expansión demográfica y deterioro genético, son hoy insolubles. Los principios liberales vedan la solución del primero, los principios igualitarios la del segundo» (Nicolás GÓMEZ DÁVILA, *Escolios a un texto implícito II*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, pág. 318).

126 Carlos J. DUICA, «La "explosión demográfica" en Colombia. Primera parte», *Revista Documentos Políticos* (Santafé de Bogotá), núm. 68 (1967), págs. 49-61, *apud* Álvaro TIRADO MEJÍA, *Los años sesenta...*, cit., pág. 153.

127 La evolución ideológica de Betancur es significativa e interesante: iniciado en las juventudes laureanistas, durante el Frente Nacional será acusado de traidor por sus simpatías y cercanías con Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo. Durante su encargo diplomático en España con el gobierno de Alfonso López Michelsen, se relaciona con figuras que van desde el Rey —por entonces todavía Príncipe de Asturias— hasta el socialista Felipe González, quien por su estrecha amistad servirá posteriormente cómo aglutinador en una comisión para diálo-

mericanos, aunque jugando a varias bandas (incluyó al país dentro del bloque de la Organización de Países No Alineados). Además su gobierno acudió a la elección de medidas transigentes con las guerrillas, fracasadas luego, que concluyeron con la sangrienta toma del Palacio de Justicia (6-7 de noviembre de 1985), en medio de un clima ya dominado por la violencia del narcotráfico[128].

Producto de esta inestabilidad, ante la desmovilización de algunas guerrillas, se convocó una Asamblea Constituyente en 1991, para la cual fueron elegidos 70 miembros y cuyo dominio se concentró en tres fuerzas políticas: la Alianza Democrática M-19 (del movimiento guerrillero del mismo nombre) que obtuvo 19 plazas; el Partido Liberal, con 25 escaños; y el Movimiento de Salvación Nacional de Álvaro Gómez Hurtado, con 11. A juicio de Marco Palacios: «Irónicamente, Misael Pastrana, el último presidente del FN [Frente Nacional], quien encabezó un menguado Partido Social Conservador, con sólo 5 escaños, quedó marginado en la Asamblea»[129]. El nuevo texto constitucional consagró todas las tendencias secularizantes del liberalismo histórico colombiano, como la libertad religiosa, el libre desarrollo de la personalidad y la institución expresa de un Estado laico. Luego, con la ley 130 de 1994, se concedió el «derecho a constituir partidos y movimientos políticos, a organizarlos y a desarrollarlos, a afiliarse y retirarse de ellos libremente y a difundir sus ideas y programas». Con lo que se puso fin, al menos en el aspecto exterior, al bipartidismo colombiano.

El verdadero ocaso de la política conservadora doctrinaria ocurre con el cobarde asesinato de Álvaro Gómez Hurtado (1995), al parecer perpetrado por las mafias del narcotráfico del suroccidente del país que habían financiado la campaña del liberal filocomu-

gos de paz en Hispanoamérica, con una mayoría de líderes de la Democracia Cristiana regionales (el llamado *Grupo de Contadora*). Cfr. Carlos CABALLERO ARGÁEZ y Diego PIZANO SALAZAR, *Sin límite...*, cit., págs. 79, 88, 97 y 125.

128 Vale resaltar que, al decir del propio Betancur, sus políticas han sido modelo para los procesos de paz realizados con posterioridad, particularmente para las mesas de diálogos de Andrés Pastrana y Juan Manuel Santos con las FARC. Cfr. Carlos CABALLERO ARGÁEZ y Diego PIZANO SALAZAR, *Sin límite...*, cit., pág. 138.

129 Frank SAFFORD y Marco PALACIOS, *Historia de Colombia...*, cit., pág. 481.

nista Ernesto Samper Pizano. Días antes del magnicidio, Gómez Hurtado había denunciado la existencia de un «régimen»[130] compuesto de varios poderes que operan entre la ilegalidad y la legalidad perpetuándose indefinidamente, aunque cambien los gobiernos, como una especie de Estado Profundo o Estado en las Sombras («Deep State») colombiano.

Más calamitosa aún resultó la política laxa del conservador Andrés Pastrana (hijo de Misael Pastrana) durante su gobierno (1998-2002) frente a la guerrilla comunista de las FARC que, aprovechando su fragilidad, tomó un territorio equivalente al área de Suiza conocido como la «zona de distensión» o El Caguán[131]. Según el historiador James D. Henderson, la mayor ofensiva contra el Estado colombiano de las FARC entre 1994 y 2001 arrojaba estos criminales resultados: «El secuestro se disparó cuando la ofensiva guerrillera aumentó su ritmo durante el período comprendido entre 1994 y 2002. Este crimen, al que la guerrilla se refería como "retención", alcanzó un pico en 1996, cuando sobrepasó las 1000 víctimas. En 1998, los secuestros fueron más de 3000, y este delito llegó a su punto más alto en 2001, cuando se llevaron a 3524 personas y las retuvieron para pedir pago por su rescate. [...] Entre 1996 y 2001 las FARC obtuvieron 632 millones de dólares por rescates pagados para la liberación de extranjeros víctimas de secuestro. A fines de los años noventa, el secuestro representaba el 36% de los ingresos de las FARC, comparado con el 54% derivado de la venta de drogas ilegales. [...] A fines de 2001, los líderes de las FARC continuaban hablando de su inminente victoria. Habían sacado a la Policía nacional del 17% de los 1120 municipios de Colombia, mientras que, en una tercera parte de los municipios, los alcaldes habían huido a las capitales departamentales. El 40% de los municipios había sufrido de alguna forma la violencia de la guerrilla durante aquel año. Una encuesta realizada en diciembre de 2001 reveló que el 41% de los colombianos deseaba abandonar

[130] Alvaro GÓMEZ, *El enemigo de Colombia es el régimen,* Santafé de Bogotá, Centro de Estudios Colombianos, 1995, págs. 1-15.

[131] Juan David GÓMEZ RUBIO, «La democracia...», *loc. cit.*, pág. 85.

el país. [...] Durante 2000 y 2001, los homicidios en Colombia se aproximaban a los 35.000 anuales»[132].

Hay que tener en cuenta que la capacidad militar y operativa de las FARC se incrementó en los años 90, una vez hundido el socialismo real soviético, de manera sustantiva —hasta poner en juego la misma seguridad de la capital colombiana— debido a su conversión, si no política, al menos sí económica al capitalismo agrario, comercial y financiero del narcotráfico. Hoy en día, vemos cómo las FARC han comenzado su transición política gradual hacia la socialdemocracia parlamentaria que no deja de ser un marxismo revisado a través de las ideas liberales[133].

5. CONCLUSIÓN

No hay duda de que el centro de gravedad resultante del final (post-1991) del bipolarismo de la guerra fría (Occidente-Oriente y capitalismo-comunismo) convierte al liberalismo liderado por EE. UU. en la derecha operante del espectro político, circunstancia que presiona al conservadurismo a considerar a la amenaza comunista como el único agente verdaderamente revolucionario. El conservadurismo comienza un camino de reencuentro con la ideología liberal y con el sistema capitalista (a veces suavizado con un socialismo de mercado o economía mixta), cuyo trayecto está más que facilitado por el modernismo posconciliar en el que a las libertades modernas (léase individualismo liberal) y a los derechos humanos (léase igualitarismo naturalista) se les intenta dar carta de ciudadanía en la doctrina católica y pontificia, todo con el auxi-

132 James D. HENDERSON, Víctima de la globalización. La historia de cómo el narcotráfico destruyó la paz en Colombia, Santafé de Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2012, págs. 224-226.

133 Comenta HENDERSON, *Víctima de la globalización...*, cit., pág. 223: «Quizás el visitante más insólito a la zona de despeje fue el presidente de la Bolsa de Valores de Nueva York, quien explicó las virtudes del libre mercado y del neoliberalismo a los divertidos líderes de las FARC».

lio de las nuevas corrientes del humanismo democristiano. El electorado conservador en Colombia está desorientado, una vez que el sentido de la derecha política ha sido cambiado de manera global por el poderío estadounidense monopolizando el significado de «Occidente» (esto es, Atlantismo como sustituto de la Hispanidad y de la Cristiandad). Las gentes conservadoras entran en desorientación crónica ante el crecimiento exponencial de la violencia de las guerrillas marxistas (especialmente de las FARC) que ven incrementado su poderío debido no a la Unión Soviética (tiempo atrás desaparecida), sino a su participación en el mercado capitalista y ultramarino de las drogas (con fuerza desde 1990 hasta la fecha). El electorado conservador se va desplazando hacia el liberalismo anticomunista de Álvaro Uribe Vélez, cuyo discurso movilizador reside no en su combate contra el liberalismo, el laicismo, el protestantismo, el racionalismo, el utilitarismo, el malthusianismo, o incluso el librecultismo, sino en definirse como un «extremo centro» que defiende la seguridad democrática, liberal y capitalista ante las amenazas comunistas[134]. Pero cabe preguntarse si la verdadera amenaza para la tradición católica, que el conservadurismo alguna vez juró defender, no proviene realmente de esos otros liberales izquierdistas (progresistas o nueva izquierda, tan bien financiados por la banca mundial) que siguen empeñados en volver a unir socialismo y liberalismo (tercera vía) borrando del léxico político las virtudes teologales, la familia cristiana y el reinado social de Cristo[135].

[134] Sin embargo, los resultados de Uribe Vélez en la derrota de las acciones criminales de las FARC fueron sustanciales: «Treinta y dos unidades antisecuestro habían contribuido a la dramática reducción de este delito, de 3041, en 2001, a 122 en 2006. La Policía Nacional había aumentado su pie de fuerza en 96000 miembros. Por primera vez en años, la Policía y el Ejército estaban presentes en todos los municipios del país» (HENDERSON, Víctima de la globalización..., cit., págs. 298-299). Sobre los orígenes liberales de Uribe Vélez, cuyos maestros dentro del partido liberal fueron Hernando Agudelo Villa y el socialdemócrata Gerardo Molina, cfr. John Jairo REY ORTIZ, *El uribismo. Un fenómeno político de cuatro dimensiones*, Santafé de Bogotá, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, 2015. Es una tesis de maestría.

[135] Caro habla explícitamente del reinado social de Cristo: «*Ego vici mundum*, dijo el Verbo divino: la palabra ha vencido al mundo. Jesucristo con su palabra hizo

6. BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

ARANGO JARAMILLO, Mario, *Masonería y poder político en Colombia*, Medellín, Hombre Nuevo Editores, 2011.

ARIAS TRUJILLO, Ricardo, *Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*, Universidad de los Andes, Bogotá, 2007.

AYALA DIAGO, César Augusto, *El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana de los años treinta*, Santafé de Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño y Universidad Nacional de Colombia, 2007.

BUSHNELL, David, *Colombia una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*, Santafé de Bogotá, Bogotá, Planeta, 2014.

– *Ensayos de historia política de Colombia, siglos XIX y XX*, Medellín, La Carreta, 2006.

CABALLERO ARGÁEZ, Carlos y PIZANO SALAZAR, Diego, *Sin límite. Conversaciones con Belisario Betancur*, Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 2019.

CACUA PRADA, Antonio, *Historia del periodismo colombiano*, Santafé de Bogotá, Sua, 1983.

CAMACHO ARANGO, Carlos, «*Respice polum*: las relaciones entre Colombia y Estados Unidos en el siglo XX y los usos (y abusos) de una locución latina», *Historia y Sociedad* (Medellín), núm. 19 (2010).

CAMACHO ROLDÁN, Salvador, *La Convención de Rionegro*, Santafé de Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2000.

CARO, José Eusebio, *Obras escogidas en prosa y en verso, publicadas é inéditas*, Santafé de Bogotá, Imprenta y Librería de «El Tradicionista», 1873.

CARO, Miguel Antonio, *Discursos y otras intervenciones en el Senado de la República 1903-1904*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1979.

– *Escritos políticos*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, tomo I, 1990.

– *Escritos políticos*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, tomo IV, 1993.

– *Estatutos de la Juventud Católica de Bogotá*, Santafé de Bogotá, Imp. Tradicionalista, 1872.

– *Estudio sobre el utilitarismo*, Santafé de Bogotá, Imprenta a cargo de Foción Mantilla, 1869.

apóstoles, los apóstoles con su palabra hicieron cristianas las gentes, y hoy, destituidos de toda arma que no sea la palabra, los católicos esperamos por la palabra, Dios mediante, restaurar el *reinado social de Jesucristo*». Miguel Antonio CARO, *Obras*, cit., tomo I, págs. 1286-1287, y «La religión y las escuelas», *El Tradicionista* (Santafé de Bogotá), 4 de junio de 1872, págs. 264-265. Cursiva agregada.

– *Ideario hispánico*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1952.
– *Obras. Filosofía, religión y pedagogía,* Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, tomo I, 1962.

CARRASQUILLA, Rafael María, *Ensayo sobre la doctrina liberal* [1895], Santafé de Bogotá, Imprenta de Luis M. Holguín, 1899.

COLMENARES, Germán, *Partidos políticos y clases sociales*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1997.

DÍAZ NIEVA, José, «Apuntes para un estudio de la influencia de Maurras en Hispanoamérica», *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada* (Madrid), núm. 16 (2010).

DUICA, Carlos J., «La "explosión demográfica" en Colombia. Primera parte», *Revista Documentos Políticos* (Santafé de Bogotá) núm. 68 (1967).

ECHEVERRY, Gonzalo, *Contra viento y marea. 25 años de planificación familiar en Colombia,* Santafé de Bogotá, Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1991.

ESQUIVEL TRIANA, Ricardo, «Colombia entre guerras (1919-1939)», *Revista Científica General José María Córdova* (Santafé de Bogotá), vol. 11, núm. 12 (2013), págs. 247-266.

GÓMEZ RUBIO, Juan David, «La democracia cristiana en Colombia», *Fuego y Raya* (Córdoba de Tucumán), núm. 9 (2015).

GÓMEZ, Álvaro, *El enemigo de Colombia es el régimen,* Santafé de Bogotá, Centro de Estudios Colombianos, 1995.

GÓMEZ, Laureano, *Obras selectas*, Santafé de Bogotá, Cámara de Representantes, tomo I, 1981.

GONZÁLEZ, Fernán, *Poderes enfrentados. Iglesia y Estado en Colombia*, Santafé de Bogotá, CINEP-Colciencias, 1997.

GUTIÉRREZ ARDILA, Daniel, «La convención de las discordias: Ocaña, 1828», *Revista de Estudios Sociales* (Santafé de Bogotá), núm. 54 (2015).
– «Los Estados Unidos como aliado natural y como aliado peligroso de la Nueva Granada (1810-1865)», *Co-herencia* (Medellín), vol. 13, núm. 25 (2016).

HENDERSON, James D., «El proyecto de reforma constitucional conservadora de 1953», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Santafé de Bogotá), núms. 13-14 (1986).
– *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2006.
– *Las ideas de Laureano Gómez*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1985.
– *Víctima de la globalización. La historia de cómo el narcotráfico destruyó la paz en Colombia,* Santafé de Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2012.

HERRERA SOTO, Roberto, (ed.), *Antología del pensamiento conservador en Colombia*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, tomo II, 1982.

JARAMILLO URIBE, Jaime, (ed.), *Antología del pensamiento político colombiano*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, vol. I, 1970.

- *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Santafé de Bogotá, Temis, 1982.
- *La personalidad histórica de Colombia*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

MANTILLA, Luis Carlos, *La guerra religiosa de Mosquera*, Medellín, Departamento de Publicaciones USB, 2010.

MARTÍNEZ, Frédéric, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 2001.

MEJÍA MACÍA, Sergio, *El pasado como refugio y esperanza. La historia eclesiástica y civil de Nueva Granada de José Manuel Groot*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2009.

PALACIOS, Marco y SAFFORD, Frank, *Historia de Colombia. País fragmentado, sociedad dividida*, Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 2012.

PALACIOS, Marco, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Santafé de Bogotá, Norma, 2003.

PÉREZ ZAPATA, Santiago, «Las "iglesias" del liberalismo y la iglesia universal romana: el anti-catolicismo liberal y la contrarrevolución ultramontana en vísperas del *Syllabus* en Nueva Granada (1849-1864)», *Fuego y Raya* (Córdoba de Tucumán), núm. 17 (2019).

POMBO, Manuel Antonio y GUERRA, José Joaquín, *Constituciones de Colombia. Recopiladas y precedidas de una breve reseña histórica*, Santafé de Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1892.

RAUSCH, Jane M., *La educación durante el federalismo. La reforma escolar de 1870*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993.

REY ORTIZ, John Jairo, *El uribismo. Un fenómeno político de cuatro dimensiones* [tesis de maestría], Santafé de Bogotá, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, 2015.

ROJAS GARRIDO, José María, *Obras selectas*, Santafé de Bogotá, Imprenta Nacional, 1979.

ROMERO, José Luis, *El pensamiento conservador (1815-1898)*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1978.

ROMERO, Mario Germán, «El arzobispo Arbeláez y el II Concilio Neo-granadino», *Boletín de Historia y Antigüedades* (Santafé de Bogotá), vol. XLIII, núms. 495-496 (1956).

SAMPER, José María, *Historia de una alma. Memorias íntimas y de historia contemporánea*, Santafé de Bogotá, Imprenta de Zalamea Hermanos, 1881.
- *Los Partidos en Colombia. Estudio histórico-político*, Santafé de Bogotá, Imprenta de Echeverria y Hermanos, 1873.

SIERRA MEJÍA, Rubén, (ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Santafñe de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- *República Liberal: sociedad y cultura*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009.

SUÁREZ, Marco Fidel, *Obras. Sueños de Luciano Pulgar*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, tomo II, 1966.

Tirado Mejía, Álvaro (dir.), *Nueva Historia de Colombia*, Santafé de Bogotá, Planeta, Bogotá, 1989.

– «La economía y lo social en la reforma constitucional de 1936», *Lecturas de Economía* (Medellín), núm. 21(2011).

– *Los años sesenta, una revolución en la cultura,* Santafé de Bogotá, Debate, 2014.

Valderrama Andrade, Carlos, «El movimiento neotomista orientado por R. M. Carrasquilla en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario», *Thesaurus* (Santafé de Bogotá), tomo XL, núm. 2 (1985).

Villegas, Silvio, *No hay enemigos a la derecha. Materiales para una teoría nacionalista*, Manizales, Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata, 1937.